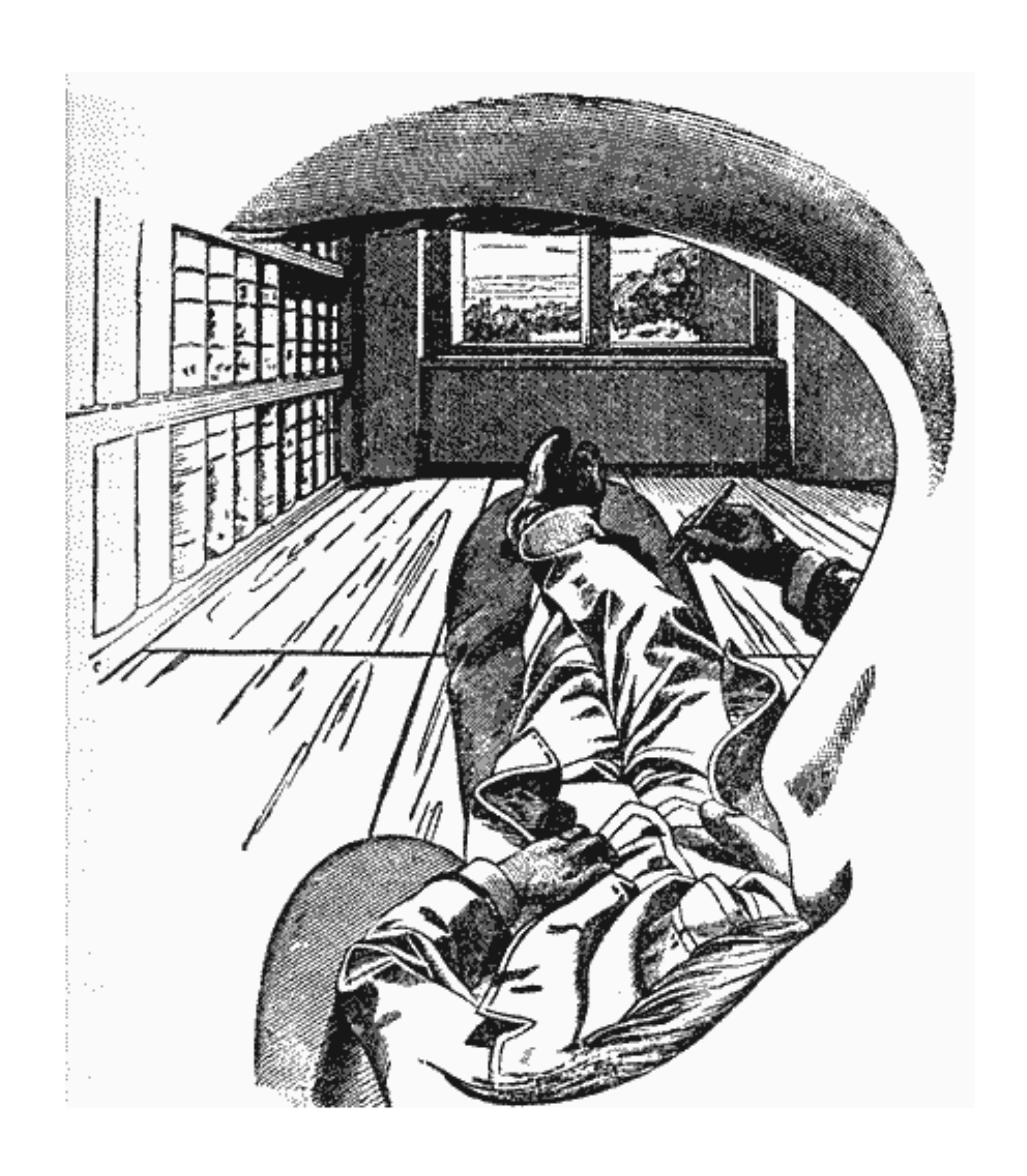


NO TENER CABEZA

Douglas E. Harding

ZEN Y EL REDESCUBRIMIENTO
DE LO EVIDENTE

PRÓLOGO POR HOUSTON SMITH

ÍNDICE

Prefacio

Para mí la mejor manera de introducir al lector a la edición revisada de este libro es contar cómo cayó en mis manos por primera vez su edición original.

Era el año 1961 y, a mi regreso de unas conferencias universitarias en Australia, yo había programado una escala en Bangkok para discutir con John Blofeld sus traducciones recientemente publicadas de *The Zen Teaching of Huang Po* y *The Zen Teaching of Hui Hai*. Apenas habíamos iniciado la conversación cuando en referencia a algún punto que yo había suscitado él cogió un delgado volumen de la mesita de junco que dijo que había llegado inesperadamente la semana antes; era este libro que tenemos en las manos. No recuerdo el punto que estábamos tratando, pero recuerdo vívidamente su entusiasmo por el libro mismo. Dijo: «No tengo ni idea de quién es este hombre, Harding, por lo que sé puede ser un taxista londinense. Pero ha dado justamente en el blanco».

Al día siguiente, cuando me estaba despidiendo, Blofeld alcanzó de nuevo el libro, insistiendo esta vez en que me lo llevara para leerlo en el avión. Para entonces mi curiosidad era tal que ni siquiera intenté protestar por su generosidad, de modo que, mientras sobrevolaba el Pacífico, tuve la oportunidad de comprobar su valoración. Era exacta. Harding en verdad había dado justamente en el blanco.

Esto no quiere decir que la magia funcionará con todos; uno nunca puede estar seguro de que las palabras producirán los efectos esperados. Pero no conozco ninguna otra pieza de escritura tan concisa como el capítulo de apertura de este libro, que representa una posibilidad inmejorable de llevar la percepción del lector a un registro diferente. Y la razón es clara. La visión interior deriva de imágenes más que del razonamiento, y la imagen que Harding vio es una imagen poderosa. «Yo no tengo cabeza». Inaudita cuando se oye por primera vez, el autor continúa con la afirmación —rodeándola, volviendo a ella, hasta que (como ocurre con los *koans* que suenan igualmente absurdos cuando se oyen por primera vez) se rompe una barrera y vemos, no algo diferente, sino de una manera diferente—.

La luz irrumpe en ámbitos secretos.
Cuando la lógica muere,
La verdad salta a través del ojo.

Quizás se deba a que leí este libro por primera vez en un avión, el que mi mente retroceda a otro momento en un vuelo, en que me encontraba sentado junto a una frágil señora de pelo blanco que, aunque ya tenía ochenta años, estaba experimentando su primer vuelo. No era habladora, pero en un momento, a diez mil metros sobre la ciudad Grand Rapids (Michigan), se volvió hacía mí y me preguntó como algo por supuesto, en perfecta calma, «¿Por qué nos hemos parado?». Yo di un respingo en mi asiento —casi inmediatamente, sonriendo ante su inocencia, me relajé—. Pero no volví completamente a mi prosaico estado anterior. Volar velozmente a través del espacio sin rastro de sonido ni de movimiento ya no era una banalidad. El mundo era nuevo otra vez y maravilloso, y estaba minado de sorpresas.

Sí, como enseña el chamán *yaqui* de Carlos Castaneda, Don Juan, debemos «detener el mundo» en su rotación rutinaria si queremos ver verdaderamente, entonces la pregunta inesperada de mi compañera sobre Michigan, y la afirmación inesperada de Harding sobre el Pacífico —«Yo no tengo cabeza»— me llevaron a hacer justamente eso.

Esta edición revisada aporta varias mejoras. La panorámica del libro se ha ampliado para incluir paralelos con otras tradiciones además del budismo, y se ha agregado un capítulo de conclusión sobre «la vía sin cabeza» para vincular la visión central del libro a la rutina diaria. Pero la visión misma permanece central, como debe ser. *Anatta*, no sí mismo (es decir: ningún sí mismo individual permanente) no es solo la llave al budismo; rectamente comprendida, es la llave a la vida. «Cuanto menos hay de sí mismo» escribió el Maestro Echkhart, «más hay de Sí mismo».

Intuitivamente todos vemos esto; sabemos que vemos mejor cuando nos detenemos en nuestra propia luz. Pero es una de esas cosas que sabemos pero que nunca aprendemos, de modo que necesitamos recordárnosla repetidamente. O mejor, necesitamos que irrumpa en nosotros de nuevos modos, lo cual es la intención que tiene este libro.

Podemos pensar que Harding se acerca a nosotros como un *roshi* disfrazado, como un maestro revestido, inesperadamente, de las cubiertas de un libro. Si hemos de ser estudiantes dignos debemos estar preparados para la instrucción desde cualquier parte que venga.

Huston Smith
Hanna Professor of Philosophy
Hamline University
Saint Paul, Minnesota

Prólogo

Mucho antes de que la ficticia *Hitchhiker's Guide to the Galaxy* se hiciera famosa en estas regiones, este libro similarmente pequeño, barato, y de amplios horizontes estaba circulando por todo el mundo —abriéndose camino de amigo en amigo—. Se han visto copias no solo sobre mesas de café sino sobre pistas de montaña, en hoteles, hogares, y escuelas. Esas copias tienden a estar manoseadas, un poco arrugadas en los bordes, pero centralmente sanas lo mismo que aquellos que continúan deleitándose con ellas. Pues el mensaje de este libro parece calar hondo, tocar el corazón, y alentar a las gentes a reconocer y compartir su consciencia más profunda.

No es (gracias a Dios) un libro académico, ni debe constituir una lectura difícil. En cualquier caso su método y significado están complementados por algunos buenos estudios recientes. El informe de Jacob Needleman sobre la transformación de la vida por las ideas (en contraste con los conceptos) en *The Heart of Philosophi*, la discusión de Ken Wilber sobre la simplicidad de la consciencia última (y las maneras de resistirla) en *No Boundary: Eastern and Western Approaches to Personal Growth*, la distinción del Dr. Arthur Deikman entre el sí mismo que observa y el sí mismo objeto en *The Observing Self: Mysticism and Psychotherapy*, y especialmente el trabajo de Huston Smith sobre el poder reorientador de las percepciones claves (versus rutinarias) en su *Beyond the Post Modern Mind*, son ejemplos contemporáneos de análisis de lo que Douglas Harding nos presenta de primera mano y en primera persona de una manera simple pero sumamente penetrante.

Desde su publicación inicial en 1961 *NO TENER CABEZA* se ha vuelto un clásico moderno de la vida del espíritu. Además de las ediciones británica y norteamericana, se incluyó una breve selección en la antología de Hofstadter y Dennett, *The Mind's I: Fantasies and Reflections on Self and Soul* (1981), pero los pasajes que aparecieron allí tienden a obscurecer el pleno significado del mensaje de Harding y hacen que la aparición de esta nueva edición resulte sumamente bienvenida. En el Continente se publicó una traducción francesa por Jean

Van Harck en París en 1978 bajo el título de *VIVRE SANS TÊTE*, y se espera que se complete y se publique en 1985 una traducción alemana de la presente edición.

Entre otras actividades del señor Harding hubo una carrera de arquitectura; un amplio número de obras escritas sobre el mismo tema que el presente —algunas de ellas todavía sin publicar— de entre las cuales la más singular y más difícil es *The Hierarchy of Heaven and Earth: A New Diagram of Man in the Universe*, con un entusiasmado prefacio por el erudito cristiano C. S. Lewis; un modelo tridimensional patentado llamado el *Youniverse Explorer*; y una continuada serie de talleres internacionales para compartir la visión central de este libro.

Pero este libro no trata de Douglas Harding. Tampoco trata de nada estrechamente intelectual, organizativo, o religioso. Trata de y se dirige al que está leyendo esto, justamente ahora.

Gene R. Thursby
Associate Professor of Religion
University of Florida
Gainesville, Florida

El autor me ha pedido que enfatice lo siguiente:

Una vez obtenido ya el corazón mismo de este libro en las primeras páginas (donde es enteramente evidente y enteramente disponible) el lector no debe sorprenderse o desconcertarse si encuentra algo de lo que sigue enteramente evidente, y de poca utilidad. Ver en la verdadera Naturaleza (o no cabeza) de uno es ser la propia autoridad de uno, adentrarse en una vía única y hacer uno sus propios descubrimientos. El propósito del autor —al proporcionar ilustraciones sacadas de su propia experiencia— es alentar la verdadera Autoconfianza. Como Emerson escribió: «Un hombre debe aprender a detectar y a ver ese rayo de luz que atraviesa su mente desde dentro, más que el lustre del firmamento de los bardos y los sabios».



¡Supón que un hombre hiciera de repente su aparición aquí y cortara tu cabeza con una espada!

HUI CHUNG

¡Decapítate a ti mismo!… Disuelve tu cuerpo entero en Visión: ¡vuélvete ver, ver, ver!

RUMI

Mi alma ha sido arrebatada, y usualmente mi cabeza también, sin que yo sea capaz de impedirlo.

SANTA TERESA

Cubre tu pecho con nada, y envuelve tu cabeza en el manto de la no existencia.

ATTAR

Date completamente… Aunque deba darse la cabeza misma, ¿por qué llorar por ella?

KABIR

Ver en Nada, esto es el verdadero ver, el eterno ver.

SHEN HUI



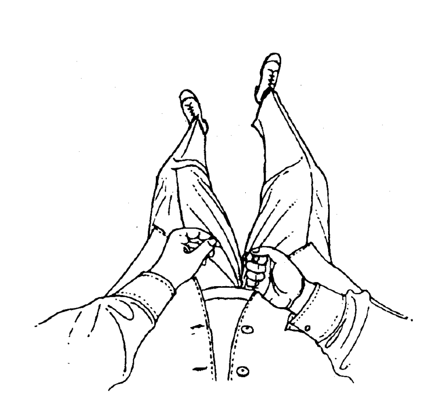
1

El Verdadero Ver

El mejor día de mi vida —el día de mi renacimiento, por decirlo así— fue cuando encontré que no tenía cabeza. Esto no es un juego literario ni un dicho ingenioso para suscitar el interés a toda costa. Lo digo en serio. Yo no tengo cabeza.

Tenía treinta y tres años cuando hice el descubrimiento. Aunque ciertamente vino de repente, lo hizo en respuesta a una indagación apremiante; durante varios meses había estado absorbido en la pregunta: *¿quién soy yo*? El hecho de que me encontrara de marcha en el Himalaya en aquel momento probablemente tuvo poco que ver con ello, aunque se dice que en ese lugar vienen más fácilmente estados de mente inusuales. Sea como fuere, un día muy claro y sereno, y una vista desde el risco donde me hallaba, sobre umbríos valles azules hasta la montaña más alta del mundo, constituían una escena digna de la visión más sublime.

Lo que ocurrió de hecho fue algo absurdamente simple y poco espectacular: por un momento dejé de pensar. La razón y la imaginación y todo el parloteo mental se extinguieron. Por una vez, me faltaron realmente las palabras. Olvidé mi nombre, mi humanidad, mi realidad objetiva, todo lo que podía ser llamado mí mismo o mío. El pasado y el futuro se esfumaron. Fue como si hubiera nacido en aquel instante, absolutamente nuevo, sin mente, inocente de todos los recuerdos. Existía solo el Ahora, aquel momento presente y lo que se daba claramente en él. Ver era suficiente. Y lo que encontré eran unas perneras caquis que terminaban hacia abajo en un par de zapatos marrones, unas mangas caquis que terminaban a ambos lados en un par de manos rosadas, y una pechera caqui que terminaba hacia arriba en —¡absolutamente nada! Ciertamente no en una cabeza.



No me llevó ningún tiempo notar que esta nada, que este hueco donde debía haber habido una cabeza, no era un vacío ordinario, no era una mera nada. Al contrario, estaba muy ocupada. Era una vasta vacuidad ampliamente llena, una nada que encontraba sitio para todo, para la hierba, los árboles, las distantes colinas umbrías, y allá a lo lejos, por encima de ellas, las cumbres nevadas como una hilera de nubes anguladas cabalgando en el cielo azul. Había perdido una cabeza y ganado un mundo.

Todo aquello, literalmente, cortaba la respiración. Me pareció dejar de respirar enteramente, absorbido en lo Dado. Hela aquí, esta soberbia escena, brillando rutilantemente en el aire claro, sola y sin soporte, misteriosamente suspendida en el vacío, y (y esto era el milagro real, la maravilla y la delicia) completamente libre de «mí», intocada por ningún observador. Su presencia total era mi ausencia total, cuerpo y alma. Más ligero que el aire, más claro que el cristal, enteramente libre de mí mismo, yo no estaba allí en ninguna parte.

Sin embargo, a pesar de la mágica e imprevista cualidad de esta visión, no era ningún sueño, ninguna revelación esotérica. Todo lo contrario: se sentía como un súbito despertar del sueño de la vida ordinaria, y un final al soñar. Era realidad autoluminosa por una vez limpia de toda mente oscurecedora. *Era la revelación, por fin, de lo perfectamente evidente.* Era un momento lúcido en una historia vital confusa. Era el fin de ignorar algo que (desde la más temprana infancia) yo había estado demasiado ocupado o había sido demasiado listo o había estado demasiado asustado para verlo. Era una atención desnuda, no crítica a lo que desde siempre había sido enteramente evidente —mi completa falta de cara. Brevemente, todo era perfectamente simple y llano y directo, más allá de argumento, pensamiento, y palabras. No surgía ninguna pregunta, ninguna referencia más allá de la experiencia misma, sino solo paz y un sereno gozo, y la sensación de haber soltado un fardo intolerable.



Ha de desecharse la noción de que el hombre tiene un cuerpo distinto de su alma; haré esto… fundiendo las superficies aparentes, y sacando a la luz el infinito que estaba oculto.

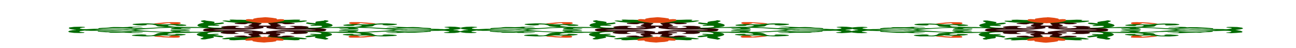
BLAKE

«Pienso que iré y la encontraré», dijo Alicia… «Posiblemente no puedas hacer eso», dijo la Rosa: «Te aconsejaría que marcharas al revés».
Esto sonó insensato a Alicia, de modo que no dijo nada, pero salió rauda hacia la Reina Roja. Para su sorpresa, la perdió de vista en un momento»

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Como belleza no soy una estrella;
Hay otros mucho más hermosos;
Pero mi cara —me da lo mismo
Pues yo estoy detrás de ella;
Son las gentes de enfrente quienes la ven.

Atribuido a WOODROW WILSON



2

Entender la Visión

Cuando la primera maravilla de mi descubrimiento del Himalaya comenzó a esfumarse, comencé a describírmelo a mí mismo en algunas palabras tales como las siguientes.

De una manera u otra yo me había pensado vagamente a mí mismo como habitando esta casa que es mi cuerpo, y mirando fuera a través de sus dos pequeñas ventanas redondas al mundo. Ahora encuentro que no es así en absoluto. Cuando miro en la distancia, ¿qué hay allí en este momento que me diga cuántos ojos tengo aquí —dos, o tres, o cientos, o ninguno—? De hecho, solo una única ventana aparece en *este* lado de mi fachada, y esta única ventana es vastedad abierta y sin forma e inmensa, sin nadie que mire desde ella. Es siempre la otra persona la que tiene ojos y una cara que les da marco; nunca éste.

Existen, entonces, dos tipos —dos especies ampliamente diferentes— de ser humano. El primero, del que cuento innumerables especímenes, evidentemente lleva una cabeza sobre sus hombros (y por «cabeza» quiero decir una bola de treinta centímetros, opaca, coloreada y peluda, con varios agujeros en ella) mientras que el segundo, del que cuento solo un único espécimen, evidentemente no lleva ninguna cosa tal sobre los hombros. ¡Y hasta ahora no me había dado cuenta de esta considerable diferencia! Víctima de un prolongado ataque de locura, de una alucinación de toda la vida (y por «alucinación» quiero decir lo que dice mi diccionario: percepción aparente de un objeto que no está efectivamente presente), invariablemente me había visto a mí mismo tan apropiado como las demás gentes, y ciertamente nunca como un bípedo decapitado aunque todavía vivo. Había estado ciego a la única cosa que está siempre presente, y sin la cual yo soy ciego de verdad, a este maravilloso sustituto para una cabeza, esta ilimitada claridad, este vacío luminoso y absolutamente puro, que sin embargo es —más bien que contiene— todo lo que se ofrece. Pues, por más cuidadosamente atento que esté, no logro encontrar aquí ni rastro de una pantalla blanca sobre la que se proyectan estas montañas y el sol y el cielo, o un claro espejo en el que se reflejan, o una lente o abertura transparente a cuyo través se ven, todavía menos, una persona a quien se presentan, o un veedor (por

muy sombrío que sea) que se distinga de lo visto. Nada en absoluto interviene, ni siquiera ese engañoso y elusivo obstáculo llamado «distancia»: el cielo azul visiblemente ilimitado, la blancura ribeteada de rosa de la nieve, el verde rutilante de la hierba —¿cómo pueden estar lejos, cuando no hay nada de lo que estar lejos?—. El vacío sin cabeza aquí elude toda definición y localización: no es redondo, o pequeño, o grande, o incluso aquí distinto de allí. (Y aunque *hubiera* una cabeza aquí desde donde medir hacia allí, la cinta de medir tendida desde ella a aquella cima, cuando se leyera en la punta de aquí —y no hay para mí ninguna otra manera de leerla— se reduciría a un punto, a nada). De hecho, estás formas coloreadas se presentan por sí solas en toda simplicidad, sin ninguna complicación tal como cerca o lejos, esto o aquello, mío o no mío, visto por mí o meramente exhibido. Todo estado de ser dos —toda dualidad de sujeto y objeto— se ha desvanecido: ya no figura en una situación donde no hay ningún sitio para ella.

Tales fueron los pensamientos que siguieron a la visión. Intentar transcribir la experiencia inmediata y de primera mano en éstos o en cualesquiera otros términos es, sin embargo, falsearla complicando lo que es la simplicidad misma: ciertamente cuanto más se insiste en el examen postmortem tanto más se aleja el original vivo. Como mucho, estas descripciones pueden recordarle a uno la visión (sin la consciencia brillante) o invitar a una recurrencia de ella; pero no pueden transmitir su cualidad esencial, o garantizar una recurrencia, al igual que el más apetitoso menú no puede saber como la cena, o como el mejor libro sobre humor no puede capacitarle a uno para entender un chiste. Por otra parte, es imposible dejar de pensar por mucho tiempo, y es inevitable algún intento de relacionar los intervalos lúcidos con el confuso trasfondo de la propia vida de uno. Ello también podría alentar, indirectamente, la recurrencia de la lucidez.

En cualquier caso, hay varias objeciones de sentido común que se niegan a ser pospuestas por más tiempo, cuestiones que insisten en respuestas razonadas, por muy inconclusas que sean. Se hace necesario «justificar» la propia visión, incluso para uno mismo; los amigos de uno también pueden necesitar que se los tranquilice. En un sentido este intento de domesticación es absurdo, debido a que ningún argumento puede añadir o quitar nada de una experiencia que es tan llana e incontrovertible como oír música o saborear mermelada de fresa. En otro sentido, sin embargo, tiene que hacerse el intento, si la propia vida de uno no ha de desintegrarse en dos compartimentos mentales completamente ajenos y estancos.

* * *

Mi primera objeción fue: mi cabeza puede faltar, pero no su nariz. Hela aquí, precediéndome visiblemente a dondequiera que voy. Y mi respuesta fue: si esta nube aterciopelada, sonrosada y sin embargo perfectamente transparente suspendida a mi derecha, y está otra nube similar suspendida a mi izquierda, son narices, entonces cuento dos y no una; y la simple protuberancia perfectamente opaca que observo tan claramente en medio de su cara (de usted) no es una nariz: solo un observador irremediablemente deshonesto o confundido usaría deliberadamente el mismo nombre para cosas tan completamente diferentes. Yo prefiero atenerme a mi diccionario y al uso común, lo cual me obliga a decir que, mientras que casi todos los seres humanos tienen una nariz por persona, yo no tengo ninguna.

Sin embargo, si algún desatinado escéptico, ansioso de apuntarse un tanto, golpeara en esta dirección, apuntando justo en medio de estas dos nubes rosadas, el resultado sería ciertamente desagradable como si yo poseyera la más sólida y consistente de las narices. Además, ¿qué hay sobre este complejo de sutiles tensiones, movimientos, presiones, picores, cosquilleos, dolores, calores, y palpitaciones, nunca enteramente ausentes de esta región central? Sobre todo, ¿qué hay sobre estas sensaciones táctiles que surgen cuando exploro aquí con mi mano? ¿Constituyen ciertamente estos hallazgos una sólida evidencia de la existencia de mi cabeza justamente aquí y ahora después de todo?

Encuentro que no constituyen nada de tal. No cabe duda de que aquí se da llanamente una gran variedad de sensaciones que no pueden ignorarse, pero no equivalen a una cabeza, ni a nada semejante. La única manera de hacer de ellas una cabeza sería arrojar dentro toda suerte de ingredientes que aquí faltan llanamente —en particular, toda suerte de formas coloreadas en tres dimensiones—. ¿Qué tipo de cabeza es esa que, aunque contiene innumerables sensaciones, se observa que carece de ojos, oídos, boca, pelo, y en verdad todo el equipamiento corporal que se observa en las demás cabezas? El hecho llano es que este lugar debe mantenerse limpio de todas estas obstrucciones, de la más mínima brumosidad o coloración que pudiera nublar mi universo.

En cualquier caso, cuando comienzo a palpar alrededor de mi cabeza perdida, en lugar de encontrarla aquí, yo solo pierdo mi mano exploradora también: es tragada igualmente en el abismo en el centro de mi ser. Aparentemente esta caverna de fauces abiertas, esta deshabita-

da base de todas mis operaciones, esta región tan próxima pero virtualmente desconocida, esta localidad mágica donde pensaba que tenía mi cabeza, es de hecho más como un faro encendido tan ardiente, que todas las cosas que se le acercan son consumidas instantánea y completamente, a fin de que su brillo y claridad iluminadores del mundo no se oscurezcan nunca ni por un momento. En cuanto a estos acechantes dolores, cosquilleos y demás, no pueden apagar o ensombrecer esta brillantez central en mayor medida que puedan hacerlo estas montañas y nubes y cielo. Todo lo contrario: todos existen en su brillo, y a su través éste se ve brillar. La experiencia presente, sea cual sea el sentido en que se emplee, ocurre solo en una cabeza vacía y ausente. Pues aquí y ahora mi mundo y mi cabeza son incompatibles: no se mezclan. No hay sitio para ambos a la vez sobre estos hombros, y afortunadamente es mi cabeza con toda su anatomía la que tiene que partir. Esto no es un asunto de argumento, o de ingenio filosófico, o de ponerse uno mismo en un cierto estado, sino de simple visión, de VER QUIÉN ES AQUÍ, en lugar de IMAGINAR QUIÉN ES AQUÍ, en lugar de TOMAR LA PALABRA DE TODOS LOS DEMÁS CUANDO SE TRATA DE QUIEN ES AQUÍ. Si no llego a ver lo que yo soy (y especialmente lo que no soy) se debe a que soy demasiado imaginativo, demasiado «espiritual», demasiado adulto y sabiondo, demasiado crédulo, demasiado intimidado por la sociedad y el lenguaje, demasiado asustado de lo evidente para aceptar la situación exactamente como la encuentro en este momento. Solo yo estoy en situación de contar lo que es aquí. Una suerte de inocencia alerta es todo lo que necesito. Requiere un ojo inocente y una cabeza vacía (por no mencionar un corazón dispuesto) para admitir la propia vacuidad perfecta.

* * *

Probablemente hay solo una manera de convertir al escéptico que dice todavía que tengo una cabeza aquí, y es invitarle a venir aquí y ver por sí mismo. Pero debe ser un informador honesto, que describa lo que observa y nada más.

Partiendo desde la pared más distante de la habitación, me ve de cuerpo entero como un hombre con una cabeza. Pero según se acerca encuentra medio hombre, después una cabeza, después una mejilla o un ojo o una nariz borrosa, después un mero borrón, y finalmente (en el punto de contacto) nada en absoluto. Alternativamente, si acontece que está equipado con los instrumentos científicos necesarios, informa que el borrón se resuelve en tejidos, después en grupos de células, después en una única célula, un núcleo celular, moléculas gigantes… y así

sucesivamente, hasta que llega a un lugar donde no se ve nada, al espacio que está vacío de todo objeto material o sólido. En todo caso, el observador que viene aquí para ver lo que es realmente encuentra lo que yo encuentro aquí —vacuidad—. Y si, habiendo descubierto y compartido mi no entidad aquí, se diera una vuelta (mirando fuera conmigo en lugar de mirarme a mí) encontraría también lo que yo encuentro —que esta vacuidad está completamente llena con la escena—. Encontraría también este Punto central estallando en un Volumen Infinito, esta Nada en el Todo, este Aquí en Todas partes.

Y si mi observador escéptico duda todavía de sus sentidos, puede usar su cámara en lugar de ellos —un artilugio que, careciendo de memoria y de anticipación, solo puede registrar lo que está contenido en el lugar donde acontece que se encuentra—. Registra las mismas impresiones mías. Desde allí, registra a un hombre: a medio camino, miembros y partes del hombre: aquí, ni hombre ni nada —o en otro caso, cuando se enfoca vuelta hacia fuera, registra su mundo (de él)—.

* * *

Así pues *esta* cabeza no es una cabeza, sino una idea testaruda. Si todavía puedo encontrarla aquí, entonces estoy «viendo visiones», y debo apresurarme a ir al médico. Constituye poca diferencia si encuentro mi cabeza, o la de Napoleón, o la de la Virgen María, o un huevo frito, o un hermoso ramo de flores: tener una cabeza es sufrir un engaño.

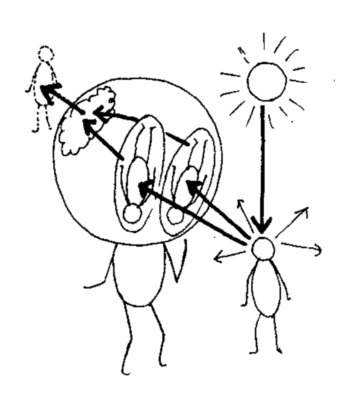


Durante mis intervalos lúcidos, sin embargo, soy claramente sin cabeza aquí. Desde ahí, por otra parte, estoy claramente lejos de no tener cabeza: en verdad, tengo tantas cabezas que no se qué hacer con ellas. Ocultas en mis observadores humanos y en cámaras fotográficas, en las lunas de los escaparates, haciendo gestos detrás de los espejos de afeitar, fisgando desde los pomos de las puertas, desde las cucharas y desde las tazas del café y desde cualquier cosa que esté muy pulida, mis cabezas están siempre haciendo acto de presencia —aunque más o menos encogidas y distorsionadas, vueltas del revés, a menudo boca abajo, y multiplicadas hasta el infinito—.

Pero hay un único lugar donde ninguna cabeza mía puede hacer acto de presencia nunca, y ese lugar está aquí sobre mis hombros, donde borraría este Vacío Central que es mi fuente vital misma: afortunadamente nada puede hacer eso. De hecho, estas cabezas deambulantes jamás pueden representar nada más que accidentes impermanentes y no privilegiados de ese mundo «exterior» o fenoménico que, aunque enteramente uno con la Esencia Central, no puede afectarla en lo más mínimo. Tan carente de privilegio, ciertamente, es mi cabeza en el espejo, que no necesariamente la tengo por mía: cuando era un niño muy pequeño yo no me reconocía a mí mismo en el espejo, y tampoco lo hago ahora, cuando por un momento recupero mi perdida inocencia. En mis momentos más cuerdos veo al hombre ahí, al compañero familiar que vive en esa otra sala de baño detrás del espejo y que según parece pasa todo su tiempo mirando fijamente a esta sala de baño aquí —ese mirón menudo, torpe, circunscrito, particularizado, envejecido, y ¡oh tan vulnerable!— como el opuesto en todos los sentidos de mi Sí mismo real aquí. Yo nunca he sido nada excepto este Vacío sin edad, inconmensurable, lúcido y enteramente inmaculado: ¡es impensable que alguna vez pueda haber confundido ese espectro mirón de ahí con lo que llanamente percibo que yo soy aquí y ahora y siempre!

* * *

Todo esto, por muy claramente que se dé en la experiencia de primera mano, aparece sin embargo como delirantemente paradójico, como una afrenta al sentido común. Es también una afrenta a la ciencia, la cual se dice que es solo sentido común un tanto ordenado. Como quiera que sea, el científico tiene su propia historia de como veo yo algunas cosas (tales como la cabeza de usted) pero no otras (tales como mi cabeza): y obviamente su historia funciona. La cuestión es: ¿puede él reponer mi cabeza sobre mis hombros, adonde las gentes me dicen que pertenece?



En su forma más breve y más llana, su historia de cómo veo yo dice más o menos esto. La luz deja el sol y ocho minutos más tarde llega a su cuerpo (de usted), el cual absorbe una parte de ella. El resto rebota en todas las direcciones, y algo de ella alcanza mi ojo, pasando a través del cristalino y formando una imagen invertida de usted sobre la pantalla en el fondo de mi globo ocular. Esta imagen provoca cambios químicos en una substancia sensitiva a la luz que

hay ahí, y estos cambios excitan las células (que son minúsculas criaturas vivas) de las cuales está hecha la pantalla. Éstas pasan su agitación a otras células muy alargadas; y éstas, a su vez, a las células en una cierta región de mi cerebro. Cuando se alcanza esta terminal, y son afectadas las moléculas y átomos y partículas de estas células cerebrales, solo entonces es cuando yo le veo a usted o a cualquier otra cosa. Y lo mismo es válido para los demás sentidos; yo ni veo ni oigo ni huelo ni gusto ni siento nada hasta que los estímulos convergentes llegan efectivamente, después de los más drásticos cambios y demoras, a este centro. Es solo en esta terminal, en este momento y lugar de todas las llegadas a la Gran Estación Central de mi Aquí y Ahora, donde la totalidad del sistema de tráfico —que llamo mi universo— surge a la existencia. Para mí, éste es el tiempo y lugar de toda la creación.

Hay muchas cosas raras, infinitamente alejadas del sentido común, en esta sencilla historia de la ciencia. Y la más rara de todas ellas es que la conclusión de la historia cancela todo lo demás. Pues dice que todo lo que yo puedo conocer es lo que está ocurriendo aquí y ahora, en este cerebro terminal, donde mi mundo es creado milagrosamente. Yo no tengo ningún modo de llegar a saber lo que está ocurriendo en otras partes —en las demás regiones de mi cabeza, en mis ojos, en el mundo exterior— si, ciertamente, *hay* alguna otra parte, un mundo exterior en absoluto. ¡La sobria verdad es que mi cuerpo, y su cuerpo, y todo lo demás sobre la Tierra, y el Universo mismo —como podrían existir ahí fuera en sí mismos y en su propio espacio, independientemente de mí— son meras invenciones, que no merecen un segundo pensamiento! No hay ni puede haber ninguna evidencia de dos mundos paralelos (un mundo exterior o físico desconocido ahí, más un mundo interior o mental conocido aquí que lo duplica misteriosamente) sino solo de este único mundo que está siempre ante mí, y en el cual no puedo encontrar ninguna división entre mente y materia, dentro y fuera, alma y cuerpo. Es lo que se observa ser, ni más ni menos, y es la explosión de este centro —este sitio terminal donde «yo» o «mi consciencia» se supone que estoy localizado— una explosión suficientemente poderosa para llenar y devenir esta ilimitada escena que está ahora ante mí, que *es* mí mismo.

Brevemente, la historia de la percepción del científico, muy lejos de contradecir mi inocente historia, solo la confirma. Provisionalmente y lleno de sentido común, puso una cabeza aquí sobre mis hombros, pero pronto fue desalojada por el universo. La visión no paradójica y llena de sentido común de mí mismo como un «hombre ordinario con una cabeza» no encaja en absoluto; tan pronto como la examino con algún cuidado, resulta ser una insensatez.

* * *

Y sin embargo (me digo a mí mismo) parece funcionar bastante bien para todos los propósitos prácticos cotidianos. Yo continúo comportándome como si de hecho hubiera, suspendida aquí, a plomo en medio de mi universo, una sólida pelota de treinta centímetros de alto. Y me inclino a añadir que, en el mundo no inquisitivo y verdaderamente testarudo que habitamos todos, esta manifiesta absurdidad no puede ser evitada: es ciertamente una ficción tan conveniente que bien podría ser la verdad llana.

De hecho, es siempre una mentira, y a menudo una mentira inconveniente: puede incluso sacarle el dinero a una persona. Considérese, por ejemplo, el diseñador publicitario —a quien nadie acusaría de devoción fanática a la verdad—. Su negocio es persuadirme, y una de las maneras más efectivas de hacerlo es introducirme directamente en la imagen como realmente soy. Consecuentemente debe dejar mi cabeza fuera de ella. En lugar de mostrar el *otro tipo* de hombre —el que tiene una cabeza— levantando un taza o un cigarrillo hacia su boca, muestra *mi tipo* haciéndolo: esta mano derecha (sostenida precisamente en el ángulo correcto en la esquina del fondo a mano derecha de la imagen, y más o menos manca) levantando una taza o un cigarrillo hacia esta no boca, hacia este vacío abierto. *Este* hombre, ciertamente, no es ningún extraño, sino yo mismo como yo soy para mí mismo. Casi inevitablemente me encuentro implicado. No hay que sorprenderse de que estos pedazos y partes de un cuerpo apareciendo en las esquinas de una imagen, sin ningún mecanismo controlador de una cabeza en el centro que los conecte o los haga funcionar —no hay que sorprenderse, de que me parezcan perfectamente naturales—: ¡Mi condición jamás ha sido otra! Y el realismo del publicista, su conocimiento inusualmente efectivo de lo que yo soy realmente, evidentemente es rentable: cuando pierdo la cabeza, mi resistencia a las compras está dispuesta a seguirla. (No obstante, hay límites: es muy improbable, por ejemplo, que muestre una nube rosada justamente por encima de la taza o del cigarrillo, debido a que de todos modos yo aporto ese detalle de realismo. No tendría sentido darme otro esbozo de nariz transparente).



Los directores de cine son también gentes prácticas, mucho más interesados en la recreación efectiva de la experiencia que en discernir la naturaleza del experimentador; pero de

hecho lo uno implica algo de lo otro. Ciertamente estos expertos son bien conscientes (por ejemplo) de cuán débil es mi reacción a la vista de un vehículo obviamente conducido por algún otro, comparada con mi reacción a la vista de un vehículo aparentemente conducido por mí mismo. En el primer ejemplo yo soy un espectador sobre la acera, observando dos coches similares acercándose velozmente, colisionando, matando a los conductores, estallando en llamas —y estoy medianamente interesado. En el segundo, soy uno de los conductores —sin cabeza, por supuesto, como todos los conductores en primera persona, y mi coche (lo poco que hay de él) está estacionario. Aquí están mis oscilantes rodillas, mi pie apretando a fondo el acelerador, mis manos luchando con el volante, el largo capó inclinándose al frente, los postes del teléfono silbando al paso, la carretera serpenteando acá y allá; y el otro coche, minúsculo al comienzo, pero haciéndose gradualmente cada vez más grande, viniendo directamente a mí, y entonces el choque, un gran flash de luz, y un silencio vacío… Me hundo en mi butaca y recupero el aliento. Me han tomado el pelo.

¿Cómo se filman estas secuencias en primera persona? Hay dos maneras posibles: o bien se fotografía un maniquí sin cabeza, con la cámara en lugar de la cabeza; o bien se fotografía a un hombre real, con su cabeza echada hacia atrás o a un lado para hacer sitio a la cámara. En otras palabras, a fin de que yo me identifique con el actor, su cabeza ha de estar fuera de juego: el debe ser mi tipo de persona. Pues una imagen mía con una cabeza no es ningún parecido en absoluto: es un retrato de algún otro, un caso de identidad equivocada.

Es curioso que alguien deba recurrir al publicista para atisbar las verdades más profundas —y más simples— sobre sí mismo; más raro si cabe es que una elaborada invención moderna como el cine ayude a alguien a deshacerse de una ilusión de la que están libres los niños pequeños y los animales. Pero en otras épocas hubo otros indicadores igualmente curiosos apuntando hacia lo totalmente evidente, y nuestra capacidad humana para el auto engaño ciertamente jamás ha sido completa. Una consciencia profunda aunque obscurecida de la condición humana puede explicar bien la popularidad de muchos antiguos cultos y leyendas sobre cabezas perdidas y voladoras, o de monstruos y apariciones de un solo ojo o sin cabeza, de cuerpos humanos con cabezas no humanas, y de mártires que caminaban muchos kilómetros después de que sus cabezas hubieran sido cortadas —imágenes fantásticas, no cabe duda, pero mucho más cerca de proporcionar un retrato verdadero de *este* hombre, de la primera persona del singular del presente de indicativo, de lo que lo haya estado nunca el sentido común.

* * *

Así pues, mi experiencia del Himalaya no fue mera fantasía poética o un vuelo místico. En todos los ámbitos ha resultado ser de un sobrio realismo. Y gradualmente, en los meses y años que siguieron, cobró luz en mí el pleno alcance de sus implicaciones y aplicaciones prácticas, sus consecuencias transformadoras de la vida.

Por ejemplo, vi que, por partida doble, esta nueva visión debía transformar mi actitud hacia los demás hombres, y ciertamente hacia todas las criaturas. En primer lugar, debido a que elimina la confrontación. Cuando me encuentro con usted, para mí hay únicamente una sola cara —la suya— y nunca puedo tener un cara a cara con usted. De hecho, nos intercambiamos las caras, y éste es un preciosísimo e íntimo intercambio de apariencias. En segundo lugar, debido a que me da un perfecto ver la Realidad que está detrás de su apariencia, de como usted es para usted mismo, tengo las mejores razones para considerarle en mucho. Pues debo creer que lo que es verdadero para mí es verdadero para todos, que todos nosotros estamos en la misma condición —reducidos a vacíos sin cabeza, a nada, a fin de que podamos contener y devenir todas las cosas—. Esa persona de apariencia sólida, pequeña y con cabeza, que me cruzo por la calle, *ese tal* es la aparición que jamás resiste una inspección estrecha, la persona pesadamente disfrazada, el opuesto y la contradicción caminante de la persona *real* cuya amplitud y contenido son infinitos: y mi respeto por esa persona, como por toda cosa viva, debe ser también infinito. Su valor y esplendor no pueden ser exagerados. Ahora sé exactamente quién es y cómo tratarle.

De hecho, él es mí mismo. Mientras teníamos una cabeza por persona, obviamente éramos dos. Pero ahora que somos vacíos sin cabeza, ¿qué hay que nos separe? No puedo encontrar ninguna concha que encierre este vacío que yo soy, ninguna forma o frontera o límite: de modo que no puede remediar fundirse con los demás vacíos.

De esta fusión yo soy mi propio espécimen perfecto. No dudo del científico que dice que, desde su punto de observación ahí, yo tengo una cabeza claramente definida constituida por una inmensa jerarquía de cuerpos claramente definidos tales como órganos, células, y moléculas —un mundo inagotablemente complejo de cosas y de procesos físicos—. Pero ocurre que yo conozco (o más bien, soy) la historia interior de este mundo y de cada uno de sus habitantes, y ésta contradice completamente la historia exterior. Justamente aquí, encuentro que cada

miembro de esta vasta comunidad, desde la partícula más pequeña hasta mi cabeza misma, se ha desvanecido como la obscuridad a la luz del sol. Nadie de fuera está calificado para hablar por ellos: solo yo estoy en situación de hacerlo, y juro que son todos lúcidos, simples, vacíos, y solo uno, sin rastro alguno de división.

Si esto es verdadero de mi cabeza, es igualmente verdadero de todo lo que tomo como «mí mismo» y «aquí» —brevemente, de la totalidad de este cuerpo mente—. ¿Qué es realmente (me pregunto a mí mismo) donde yo soy ahora? ¿Estoy encerrado en lo que Marco Aurelio llamaba este saco de sangre y corrupción (y lo que nosotros podríamos llamar también este zoo andante, o ciudad celular, o factoría química, o nube de partículas), o estoy fuera de él? ¿Paso mi vida engullido dentro de un bloque sólido con forma de hombre (más o menos de un metro ochenta, por sesenta, por treinta centímetros), o fuera de este bloque, o quizás tanto dentro como fuera? El hecho es que las cosas no son así en absoluto. No hay ninguna obstrucción aquí, ningún dentro, ningún fuera, ningún sitio o falta de sitio, ningún lugar o escondrijo oculto: no puedo encontrar ningún hogar aquí donde vivir o estar desalojado, y ni un centímetro de terreno para construirlo. Pero esta falta de hogar me cuadra perfectamente —un vacío no necesita ningún cobijo—. Brevemente, este orden de cosas físico, tan sólido en apariencia y a distancia, es siempre soluble sin residuo alguno bajo una inspección realmente estrecha.

Y encuentro que esto es verdadero, no solo de mi cuerpo humano, sino también de mi Cuerpo total, el universo mismo. (Incluso desde el punto de vista del que mira desde fuera, la distinción entre estas incorporaciones es artificial: este pequeño cuerpo está tan unido funcionalmente a todas las demás cosas, es tan dependiente de su ambiente entorno, que es no existente e impensable por sí solo; de hecho, ninguna criatura puede sobrevivir ni por un momento excepto como ese único Cuerpo, el único que es todo, autocontenido, independiente, y por lo tanto verdaderamente vivo). Cuánto tomo yo de este Cuerpo total depende de la ocasión, pero automáticamente encuentro lo que necesito. Así puedo identificarme con perfecta facilidad por turno con mi cabeza, mi cuerpo de un metro ochenta, mi familia, mi país, mi planeta y sistema solar (como cuando los imagino amenazados por otros) —y así sucesivamente, sin toparme nunca con ningún límite o barrera—. Y no importa cuán grande o pequeña sea mi incorporación temporal, esta parte del mundo que llamo mía y que tomo como estando aquí, por la que estoy pensando y sintiendo ahora, que tengo por soporte, cuyo punto de vista he adoptado, en cuyo lugar me he puesto, invariablemente resulta vacía, nada *aquí* en sí misma.

La realidad detrás de todas las apariencias es lúcida, abierta, y enteramente accesible. Yo conozco mi entrada y mi salida del corazón más profundamente secreto de todas las criaturas, por muy remotas o repulsivas que las pueda ver el que mira desde fuera, debido a que todos nosotros somos un único Cuerpo, y ese Cuerpo es un único Vacío.

Y ese Vacío es *este* vacío, completo e indivisible, no compartido ni dividido en el mío y el suyo y el de ellos, sino todo él presente aquí y ahora. Este mismo sitio, este puesto de observación mío, este particular «hueco donde debía haber habido una cabeza», *esto* es el Terreno y Receptáculo de toda existencia, la única Fuente de todo lo que aparece (cuando se proyecta «ahí») como el mundo físico o fenoménico, la única Matriz infinitamente fértil de la que nacen todas las criaturas y adentro de la cual todas retornan. Es absolutamente Nada, y sin embargo es todas las cosas; la única Realidad, y sin embargo una ausencia. Es mi Sí mismo. No hay absolutamente nada más. Yo soy todos y nadie, y Solo.



Ahora el alma ya no tiene ninguna consciencia del cuerpo y no se dará a sí misma ningún nombre ajeno, ni hombre, ni ser vivo, ni nada en absoluto.

PLOTINO

Después de que el cuerpo ha sido arrojado a distancia como un cadáver, el Sabio nunca más se ata a él.

SANKARA

Si uno abre los ojos y busca el cuerpo, ya no se encuentra. A esto se llama: En la cámara vacía crece la luz. Dentro y fuera, todo es igualmente luz. Eso es un signo muy favorable.

EL SECRETO DE LA FLOR DE ORO

Haced voto de lograr la comprensión perfecta de que el cuerpo ilusorio es como el rocío y el relámpago.

MAESTRO ZEN HSU YUN (en su lecho de muerte, en 1959)



3

Descubrir el zen

Así pues, en los meses y años que siguieron a mi experiencia original de no tener cabeza intenté muy arduamente comprenderla, con los resultados que he descrito brevemente. El carácter de la visión misma no cambió durante este periodo, aunque tendió a venir más fácilmente cuando era invitada, y a permanecer más tiempo. Pero su operación, su significación, por decirlo así, se desarrollaron entre tanto, y por supuesto fueron muy influenciadas por mis lecturas. Alguna ayuda y estímulo encontré ciertamente en los libros —científicos, filosóficos, y religiosos—. Encontré que algunos de los místicos parecían haber visto y valorado lo que me veo a mí mismo ser, *aquí*.

La discusión, por otra parte, se acreditaba casi invariablemente completamente estéril. «Naturalmente que no puedo ver mi cabeza», decían mis amigos. «¿Y qué?». Y tontamente yo comenzaba a replicar: «¿Y qué?, ¡Todo! Tú y todo el mundo estáis vueltos cabeza abajo y del revés…» No resultaba oportuno. Yo era incapaz de describir mi experiencia de una manera que interesara a quienes escuchaban, o de transmitirles algo de su cualidad o significación. Realmente ellos no tenían ninguna idea de lo que estaba hablando —por ambas partes una situación embarazosa—. Aquí era algo perfectamente evidente, inmensamente significativo, una revelación de pura y atónita delicia —¡para mí y nadie más!—. Cuando las gentes comienzan a ver cosas que otros no pueden ver, se fruncen los entrecejos, se manda a buscar a los médicos. Y aquí yo me encontraba en una condición muy parecida, con la excepción de que el mío era un caso de *no* ver cosas. Cierta soledad y frustración eran inevitables. Así es como debe sentirse un loco de verdad (pensaba yo) —desconectado, incapaz de comunicarse—.

Otra razón para el desaliento era el hecho de que, entre mis conocidos, eran a menudo los más cultivados e inteligentes quienes parecían especialmente incapaces de ver el asunto: como si no tener cabeza fuera una aberración infantil que, lo mismo que chuparse el dedo, uno debería haber superado y olvidado hacía mucho tiempo. En cuanto a los escritores, algunos de

los más brillantes salieron positivamente de sus hábitos para decirme que yo estaba chiflado —o en otro caso lo estaban ellos—. Chesterton, en *The Napoleon of Nothing Hill*, acaba su irónica lista de portentos de ciencia ficción con la absurdidad culminante: ¡los hombres sin cabeza! Y el gran filósofo Descartes (justamente estimado grande debido a que comienza su revolucionaria investigación cuestionando lo que se da claramente) aporta una todavía mejor: en efecto, él comienza su lista de certezas —de cosas que son «verdaderas debido a que son percibidas por los sentidos»— con el sorprendente anuncio: «En primer lugar, percibí que tenía una cabeza». Incluso el hombre de la calle, que debe saberlo mejor, dice de algo particularmente evidente: «¿Hombre? ¡Eso es tan simple como la nariz en tu cara!». ¡Con todo un mundo de cosas evidentes donde elegir, tuvo que escoger precisamente esa!

Con todo, preferí la evidencia de mis propios sentidos a todo saber de oídas. Si esto era locura, al menos no era una locura de segunda mano. En cualquier caso, nunca puse en duda que lo que yo vi era lo que los místicos vieron. La única cosa rara era que eran muy pocos los que parecían haberlo visto completamente de esta manera. La mayoría de los maestros de la vida espiritual parecían haber «conservado sus cabezas»; o si no era así, pocos pensaron que la pérdida era digna de mención. Y ciertamente ninguno de ellos, hasta donde pude descubrir, incluyó la práctica de la no cabeza en ningún curso de ejercicios espirituales. ¿Por qué se silenciaba tanto un indicador tan evidente, una demostración tan convincente y siempre presente de esa Nada que los maestros espirituales nunca se cansan de proclamar? Después de todo, es absurdamente evidente; no hay ningún escape. Si algo le salta a usted a la cara, es esto. Yo estaba confundido: a veces incluso desanimado.

Y entonces —más vale tarde que nunca— me di de bruces con el zen.

* * *

El budismo zen tiene la reputación de ser difícil —y casi imposible para los occidentales, a quienes por esta razón se les aconseja a menudo que se adhieran si pueden a su propia tradición religiosa—. Mi experiencia propia ha sido exactamente al revés. Por fin, después de una década de búsqueda por todas partes ampliamente estéril, encontré en las palabras de los maestros zen muchos ecos de la experiencia central de mi vida: hablaban mi lenguaje, se dirigían a mi condición. Encontré que muchos de estos maestros no solo habían perdido sus cabezas (como todos nosotros) sino que eran vívidamente conscientes de su condición y de su in-

mensa significación, y usaban de todos los recursos para llevar a sus discípulos a la misma realización. Permítaseme dar algunos ejemplos.

El famoso *Sutra del Corazón*, que resume la esencia del budismo mahayana y que se recita a diario en los monasterios zen, habiendo comenzado afirmando que el cuerpo es solo vacuidad, declara que no hay ni ojo, ni oído, ni nariz. Comprensiblemente, este escueto pronunciamiento llenó de perplejidad al joven Tung shan (807-869); y su maestro, que no era practicante del zen, tampoco logró sacarle mucho partido. El discípulo observó al maestro cuidadosamente, después exploró su propia cara con sus dedos. «Usted tiene un par de ojos», protestó, «y un par de oídos, y todo lo demás; y yo también los tengo. ¿Por qué entonces nos dice el Buda que no hay tales cosas?» Su maestro replicó: «Yo no puedo ayudarte. Debes ser entrenado por un maestro zen». El discípulo se fue y siguió su consejo. Sin embargo, su pregunta permaneció sin respuesta hasta que, años más tarde, aconteció que mientras paseaba miró al fondo de una laguna de agua serena. Allí descubrió aquellos rasgos humanos sobre los cuales hablaba el Buda, mostrándose donde estaban, donde siempre los había tenido: a una cierta distancia, dejando *este* lugar siempre transparente, siempre limpio de ellos, como de todo lo demás. El más simple de todos los descubrimientos —esta revelación de lo perfectamente evidente— resultó ser la realización esencial que Tung shan había estado buscando durante tanto tiempo, e hizo que llegara a ser no solo un notable maestro zen, sino el fundador del zen soto, que es hoy día la escuela más extensa del zen.

Un siglo o más antes de este incidente, Hui-neng (637-715), el sexto patriarca del zen, había dado su famoso consejo sobre el mismo asunto. Aconsejó a su hermano monje Ming poner fin a su deseo y cavilación, y *ver*: «Ve en este mismo momento cuál es tu propia cara —la Cara que tenías antes de nacer (tú y ciertamente tus padres)—». Está registrado que a esto Ming descubrió dentro de sí mismo esa fuente fundamental de todas las cosas que hasta entonces había buscado fuera. Ahora comprendió todo el asunto, y se encontró a sí mismo bañado en lágrimas y sudor. Saludando al patriarca, preguntó cuáles otros secretos quedaban por descubrir. «En lo que te he mostrado», respondió Hui-neng, «no hay nada oculto. Si miras dentro y reconoces tu propia “Cara Original”, todos los secretos están en ti».

La Cara Original de Hui-neng (No cara, Nada en absoluto) es el más conocido y para muchos el más útil de todos los koan (anécdotas) del zen: durante siglos en China se dice que se ha probado como un indicador singularmente efectivo de la iluminación. De hecho, acorde-

mente a Daito Kokushi (1281-1337), los mil setecientos koans del zen son simplemente indicadores a nuestra Cara Original Sin Rasgos. De ella, Mumon (siglo XIII) dice:

> No puedes describirla ni dibujarla*
> No puedes alabarla bastante ni percibirla.
> No puede encontrarse ningún lugar donde poner la Cara Original;
> No desaparecerá aunque el universo sea destruido.

Uno de los sucesores de Hui-neng, el maestro zen Shih t'ou (700-790), tomó una línea ligeramente diferente. «Deshazte de tu garganta y de tus labios, y déjame oír lo que tengas que decir», ordenaba. Un monje replicó: «¡Yo no tengo ninguna de tales cosas!» «Entonces puedes pasar la puerta», era la respuesta alentadora. Y hay una historia muy similar de un contemporáneo de Shih t'ou, el maestro Pai Chang (720-844), quien preguntó a uno de sus monjes cómo se las arreglaba para hablar sin garganta, labios, ni lengua. Es, por supuesto, del Vacío silente de donde sale la voz de uno —del Vacío del que escribe Huang po (?-850): «Es belleza inmaculada, omnipenetrante; es lo Absoluto increado y auto existente. ¿Cómo puede ser entonces un tema de discusión que el Buda real no tiene ninguna boca y no predica ningún Dharma, o que el oír real no requiere ningún oído, pues quién podría oírlo? ¡Ah, es una joya más allá de todo precio!»

Como ayuda a tal realización, Bodhidharma, el primer patriarca del zen (siglo VI) se dice que prescribía un buen golpe en el cogote. Tai hui (1089-1163) era igualmente intransigente: «Este maestro (zen) es como una gran masa de fuego: cuando le acerques tu cara, ciertamente será abrasada. Es también como una espada a punto de ser desenvainada; una vez fuera de la vaina, seguro que alguien perderá su vida… La preciosa espada *vajra* está justamente aquí y su propósito es cortar la cabeza». En verdad esta decapitación era un tema de conversación común entre maestro y discípulo zen. Por ejemplo, este intercambio del siglo IX:

> Lung ya: Si amenazara con cortarle la cabeza con la espada más afilada del mundo, ¿qué haría?
> El maestro adelantó su cabeza.

---

* Pero puede indicarse en un dibujo —ver página 3— o más bien fuera del dibujo, por lo que falta en él.

Lung ya: ¡Su cabeza ha partido!

El maestro sonrió.

Evidentemente maestro y discípulo, ambos sin cabeza, se comprendían bien uno al otro. Cuán bien habría comprendido igualmente el consejo del muslim Jalalu'l Din Rumi, el principal poeta místico de Persia: (1207-1273): «¡Decapítate a ti mismo!» «¡Disuelve todo tu cuerpo en la Visión: devén ver, ver, ver!»

«Yo he aprendido de Él», dice otro gran poeta místico, el indio Kabir (b.1440), «a ver sin ojos, a oír sin oídos, a beber sin boca».

¿Pero cómo podía ver Kabir, si no tenía ojos con los que ver? Bien, como ya lo hemos observado, la ciencia moderna misma está de acuerdo en que en realidad no vemos con nuestros ojos. Son meramente eslabones en una larga cadena que va desde el sol, a través de la luz del día y de la atmósfera y de los objetos iluminados, a través del cristalino de los ojos y de la retina y de los nervios ópticos, directamente al espacio atestado de partículas vibratorias en una región del cerebro, donde finalmente (se dice) ocurre realmente el ver. De hecho cuanto más profundamente indaga el fisiólogo en el objeto, tanto más se acerca a la Vacuidad que es la experiencia directa de sí mismo del Sujeto —la Vacuidad que es el único Veedor y Oidor, el único Experimentador—. (Pero por muy refinados que sean sus instrumentos y técnicas, jamás podrá llegar al Sujeto investigando en el objeto: para hacerlo solo tiene que girar su atención 180º). Y esto concuerda perfectamente con lo que dicen los antiguos maestros zen. «El cuerpo», nos dice Rinzai (?-867), «no sabe cómo hacer un discurso ni cómo escuchar un discurso… Esto que es inequívocamente perceptible justamente donde sois, absolutamente identificable y sin embargo sin forma —esto es lo que escucha el discurso—». Aquí el maestro chino, junto con Kabir y los demás, está parafraseando al *Surangama Sutra* (una escritura india pre-zen) que enseña que es absurdo suponer que vemos con los ojos, o que oímos con los oídos: se debe a que éstos se han fundido, y desvanecido en la absoluta Vacuidad de nuestra «Cara original brillante y encantadora», por lo que es posible toda experiencia, de cualquiera tipo que sea.

Aún más antiguo, el sabio taoísta Chuang tzu (hacia el 300 A.C.) pinta un delicioso cuadro de esta Cara sin rasgos o cabeza vacía mía. La llama «Caos, el Soberano del Centro», y contrasta su sumo vacío *aquí* con todas esas cabezas con siete agujeros *ahí*: «Ocurrió una vez que

Agitación, el dios del Océano Austral, e Irritación, el dios del Océano Septentrional se encontraron en el reino de Caos, el dios del Centro. Caos los trató muy amablemente y ellos discutieron juntos lo que podían hacer para pagar su bondad. Habían notado que, mientras que todos los demás tenían siete aberturas, para ver, oír, comer y respirar, Caos no tenía ninguna. De modo que decidieron probar el experimento de hacer agujeros en él. Cada día hacían un agujero, y al séptimo día Caos murió».

Por mucho que me agito y me irrito, y renuevo mis intentos de matar al Soberano del Centro sobreimponiéndole mis rasgos humanos de siete agujeros, jamás he podido lograrlo. La máscara de *ahí* en el espejo jamás puede tocar mi Cara Original *aquí*, mucho menos desfigurar-La. Ninguna sombra puede caer sobre Caos, el Rey no incorporado y eterno.

* * *

¿Pero por qué todo este énfasis en la desaparición de la cara y la cabeza, más bien que en la desaparición del cuerpo como un todo? La respuesta es fácil de ver para los humanos. (¡Los cocodrilos y los cangrejos ciertamente tendrían una historia diferente que contar!). Para mí *aquí,* la cara, con sus órganos sensoriales, ocurre que es completamente especial por cuanto está *siempre* ausente, siempre absorbida en este inmenso Vacío que yo soy; mientras que mi tronco y mis brazos y mis piernas a veces están similarmente absorbidos y a veces no. Carece de importancia cuánto incluye el Vacío corrientemente, y cuánto excluye: pues veo que permanece infinitamente vacío e infinitamente grande independientemente de la amplitud o de la importancia de los objetos finitos que acoge. No constituye ninguna diferencia real si está disolviendo mi cabeza (como cuando miro hacia abajo), o mi cuerpo humano (como cuando miro adelante), o mi cuerpo-Tierra (como cuando, al aire libre, miro hacia arriba), o mi cuerpo-Universo (como cuando cierro los ojos). Todo lo de *ahí*, por muy minúsculo o vasto que sea, es igualmente soluble *aquí*, igualmente capaz de venir y mostrarme que yo soy nada *aquí*.

En la literatura encontramos muchos relatos elocuentes de la disolución de todo el cuerpo. Cito unos pocos ejemplos:

Yengo (1566-1642) escribe del zen: «Se presenta directamente a tu cara, y en este momento se te transmite todo… Mira dentro de todo tu ser… Que tu cuerpo y mente se conviertan en un inanimado objeto de la naturaleza como una piedra o un tronco de madera; cuando obten-

gas un estado de perfecta inmovilidad e inconsciencia, todos los signos de vida partirán y también se desvanecerá todo rastro de limitación. Ni una sola idea perturbará tu consciencia, cuando he aquí que, súbitamente, llegarás a realizar una luz abundante en plenitud de dicha. Es como tropezar con una luz en una espesa obscuridad; es como recibir un tesoro en la pobreza. Los cuatro elementos y los cinco agregados (la totalidad de tu estructura corporal) ya no se sienten más como fardos; tan ligero, tan descansado, tan libre eres. Tu existencia misma ha sido liberada de todas las limitaciones; has devenido abierto, ligero, y transparente. Obtienes un ver iluminador en la naturaleza misma de las cosas, las cuales se te aparecen ahora como otras tantas flores evanescentes sin ninguna realidad comprensible. *Aquí* es manifiesto el sí mismo no sofisticado que es la Cara Original de tu ser; aquí se muestra completamente desnudo el bellísimo paisaje de tu lugar de nacimiento. No hay más que un único paso directo completamente abierto y despejado. *Aquí* es donde abandonas todo —tu cuerpo, tu vida y todo lo que pertenece a tu sí mismo más recóndito. *Aquí* es donde obtienes paz, descanso, no hacer e inexpresable gozo».

La característica ligereza que menciona Yengo fue experimentada por el taoísta Lieh tzu (hacia el 400 A.C.) en tal grado que parecía que cabalgaba sobre el viento. Así es como describe la sensación: «Lo interno y lo externo se fundieron en una unidad. Después de eso, no hubo ninguna distinción entre ojo y oído, oído y nariz, nariz y boca: todos eran lo mismo. Mi mente estaba congelada, mi cuerpo disuelto, mi carne y mis huesos completamente fundidos. Yo era enteramente inconsciente de dónde se apoyaba mi cuerpo, o de lo que había debajo de mis pies. Era llevado aquí y allá sobre el viento, como paja u hojas secas que caen de un árbol. De hecho, no sabía si el viento cabalgaba sobre mí o yo sobre el viento».

El maestro zen del siglo XVI Han shan dice del hombre iluminado que su cuerpo y corazón son enteramente no existentes: son lo mismo que el Vacío absoluto. De su propia experiencia escribe: «Fui a dar un paseo. Repentinamente me quede quieto, lleno de la realización de que no tenía ni cuerpo ni mente. Todo lo que podía ver era un gran Todo iluminador —omnipresente, perfecto, lúcido y sereno—. Era como un omniabarcante espejo desde el que eran proyectadas las montañas y ríos de la tierra… Me sentí claro y transparente». «¡Mente y cuerpo se esfumaron!» exclama Dogen (1200-1253) en un éxtasis de alivio. «¡Se esfumaron! ¡Se esfumaron! Este estado debe ser experimentado por todos vosotros; es como apilar fruta dentro de una cesta sin fondo, es como verter agua dentro de un cuenco con un agujero». «De repente encuentras tu mente y tu cuerpo borrados de la existencia», dice Hakuin (1685-1768):

«Esto es lo que se conoce como soltar tu presa. Cuando recuperas el soplo es como beber agua y saber que está fría. Es un gozo inexpresable».

En nuestro propio siglo, D. T. Suzuki resume así el asunto: «Para el zen, la encarnación es excarnación; la carne es no carne; aquí y ahora equivale a vacuidad (*sunyata*) e infinitud». Fuera del zen, no es fácil encontrar afirmaciones tan rotundamente claras, y tan libres de religiosidad como éstas. Sin embargo, pueden encontrarse muchos paralelos en otras tradiciones, tan pronto como uno sabe qué buscar. Solo ha de esperarse esto: la visión esencial debe transcender los accidentes de la historia y de la geografía.

Inevitablemente los paralelos más estrechos han de encontrarse en la India, el hogar original del budismo. Sankara (hacia el 820), el gran sabio e intérprete del advaita o no dualidad absoluta, enseñó que un hombre no tiene ninguna esperanza de liberación hasta que cesa de identificarse con el cuerpo, que es una mera ilusión nacida de la ignorancia: su Sí mismo real es como espacio, sin ataduras, puro, infinito. Confundir el cuerpo irreal con este Sí mismo real es esclavitud y miseria. Esta doctrina todavía sobrevive en la India. Uno de sus ejemplos recientes más lúcidos, Ramana Maharshi (1879-1950), solía decir a sus interlocutores: «Hasta ahora ha considerado seriamente que usted mismo es el cuerpo y que tiene una forma. Esa es la ignorancia primigenia que es la causa raíz de toda aflicción».

Tampoco el cristianismo (aunque, como observó el Arzobispo Temple, es la más materialista de las grandes religiones) es desconocedor del hecho de que la iluminación genuina debe disipar la obscura opacidad de los cuerpos no menos que la de las almas. «Cuando tu ojo es uno», dijo Jesús misteriosamente, «todo tu cuerpo también está lleno de luz». Este ojo único es ciertamente idéntico al precioso Tercer Ojo del misticismo indio, el cual capacita al veedor para ver simultáneamente dentro su Vacuidad y fuera lo que la llena. Y así mismo, también, a la inapreciable gema que (de acuerdo con la tradición oriental) buscamos por todas partes excepto aquí en nuestra frente, donde todos la llevamos.

Augustine Baker (1575-1641) escribe del cristiano contemplativo: «A la larga llega a una abstracción pura y total; y entonces le parece ser todo espíritu y como si no tuviera cuerpo… Cuanto más pura y más perfecta es tal abstracción, tanto más alto es ascendido el hombre a la perfección». Éste es un comentario sobre un pasaje bien conocido de *The Cloud of Unknowing*, una obra mística del siglo XIV que enseña que una vívida consciencia de nuestra no

existencia es el prerrequisito del gozo verdadero: pues «todos los hombres tienen motivos para la aflicción: pero siente muy especialmente la aflicción el que sabe y siente que él *es*». Pero, por supuesto, esta auto-anonadación indispensable es un tema favorito de todo el misticismo cristiano. Nadie describe sus dos aspectos más audazmente que San Bernardo (1091-1153). «No es meramente un gozo humano perderse a uno mismo así, ser vaciado de uno como si uno dejara casi de ser; ello es la felicidad del cielo… ¿Cómo de otro modo podría Dios ser "todo en todo", si algo del hombre quedara en el hombre?»

A veces en occidente, el lenguaje del místico es tan igual al del zen como lo que describe. Gerlac Peterson (1378-1411), hablando de una «revelación» que es «tan vehemente y tan fuerte que la totalidad del hombre interior, no solo de su corazón sino de su cuerpo, es maravillosamente movida y sacudida… Su aspecto interior se torna claro y sin ninguna nube». Su ojo espiritual se abre de par en par. En lugar de permanecer, como lo señala Shakespeare:

Más ignorante cuanto más seguro,
Su esencia cristalina,

—y de comportarse, por lo tanto, como un mono colérico— ve en sus profundidades más hondas, en el transparente corazón de la Realidad.

Con la atención fijada en el mundo físico, no llegamos a ver a su través. Desatendiendo la información interior, consideramos los pequeños cuerpos humanos como opacos y separados de nuestro Cuerpo total, el Universo, el cual, como resultado de ello, parece igualmente opaco y separado. Algunos de nuestros poetas, sin embargo, no están tan engañados ni atrapados en el (supuesto) sentido común, sino que en lugar de ello se adentran en todas las cosas y celebran su transparencia. Rainer Maria Rilke escribió de su amigo muerto:

Pues éstos, estos umbríos valles y ondulantes hierbas
Y corrientes de agua inquieta eran su rostro,

pero no se contentó con disolver el rostro humano y el cuerpo humano: su misión declarada era continuar y «tornar invisible la tierra donde vivimos, y, por extensión, el universo, y transformarlo así en un plano de realidad más elevado». Para Rilke, este Vacío siempre presente, nuestro Rostro imperecedero, no tiene límites. Como Traherne dice de sí mismo:

El sentido mismo era Yo.
Yo no sentía ni escoria ni materia en mi alma.
Ni límites ni bordes, tales como vemos
En un cuenco. Mi esencia era capacidad.

Y, en un pasaje mejor conocido: «Tú nunca gozas del mundo cabalmente, hasta que el mar mismo fluye en tus venas, hasta que estás vestido con los cielos, y coronado con las estrellas».

Esto no es otra cosa que la experiencia zen del satori —solo el lenguaje difiere un poco—. En el momento del satori hay una explosión, y un hombre no tiene ningún cuerpo excepto el universo. «Siente su cuerpo y mente, la tierra y los cielos, fundirse en un todo translucido —puro, alerta, y completamente despierto—», dice el maestro Po Shan:

La tierra entera es solo uno de mis ojos,
Una chispa de mi luz iluminante.

En numerosos textos se nos dice que el hombre iluminado, como por magia, engulle ríos, montañas, mares, el gran mundo mismo, reduciéndolos todos al Vacío *aquí*, a nada en absoluto; y entonces, de este Vacío, crea ríos, montañas, y el gran mundo mismo. Sin la menor molestia, traga toda el agua del Río Occidental, y la regurgita de nuevo. Acoge y abole todas las cosas, produce todas las cosas. Ve el universo como nada más que la efusión de su propia Naturaleza profunda, que en sí misma permanece inmaculada, absolutamente transparente. Ahora se ha restaurado a sí mismo como realmente es: como el corazón mismo de la existencia, desde el que todo ser es hecho manifiesto. Brevemente, él es deificado. Establecido en la única Fuente, exclama: «¡Yo soy el Centro, Yo soy el universo, Yo soy el Creador!» (D. T. Suzuki. O «Yo soy la causa de mi propio sí mismo y de todas las cosas» (Maestro Eckhart). En el vívido lenguaje del zen, el perro sarnoso ha devenido el león de dorada melena rugiendo en el desierto, espontáneo, libre, enérgico, magníficamente autosuficiente, y solo. Llegado a Casa al fin, no encuentra sitio para dos. Nuestro propio Traherne una vez más parafrasea a los maestros orientales cuando exclama: «Las calles eran mías, el templo era mío, las gentes eran mías, sus vestidos y oro y plata eran míos, lo mismo que sus chispeantes ojos, blancas pieles y sonrosadas caras. Los cielos eran míos, e igualmente el sol y la luna y las estrellas, y todo el Mundo era mío: y yo el único espectador y gozador de él».



Lo que llamo perfección del ver no es ver a otros sino a uno mismo.

CHAUANG TZU (S. III A.C.)

Ver en Nada —esto es el verdadero ver, el eterno ver.

SHEN HUI (S. VIII)

El que sabe que él es Espíritu, deviene Espíritu, deviene todo, ni los dioses ni los hombres pueden impedírselo…

A los dioses les disgustan las gentes que obtienen este conocimiento…

Los dioses aman lo obscuro y odian lo evidente.

BRIHADARANYAKA UPANISHAD (S. VII A.C.)

Los necios rechazan lo que ven, no lo que piensan; los sabios rechazan lo que piensan, no lo que ven…

Observa las cosas como son y no prestes atención a los demás.

HUANG PO (S. IX)

Al que no sabe nada, Ello se revela claramente.

MEISTER ECKHART (1260-1327)

¿Y por qué regla piensas que caminaba? Por una verdaderamente extraña, pero la mejor del mundo entero. Yo era guiado por una fe implícita en la bondad de Dios; y ella me llevó por lo tanto al estudio de las cosas más evidentes y más comunes.

THOMAS TRAHERNE (1627-1647)

El que duda de lo que ve nunca creerá, haz lo que te plazca.

WILLIAN BLAKE (1757-1827)

Los aspectos de las cosas que son más importantes para nosotros están ocultos debido a su simplicidad y familiaridad.

LUDWING WITTGENSTEIN (1889-1951)

Es esto. No hay ningún significado oculto. Todo ese material místico es solo que es así.

WERNER ERHARD (1935-   )

La carta sustraída, en la historia de Edgar Allan Poe (1854), «inadvertida por excesivamente evidente». El bellaco «depositó la carta inmediatamente debajo de las narices de todo el mundo, a fin de impedir mejor que ninguna porción del mundo la percibiera».



4

Poner la historia al día

Las ocho etapas de la Vía Sin Cabeza

Han pasado cuarenta años desde que la experiencia inicial «del Himalaya» sobreviniera repentinamente, y unos veinte desde que la anterior descripción de ella fuera publicada por primera vez. Han sido años plenos —un tiempo de muchas sorpresas y de algunos choques— durante los cuales la experiencia se ha abierto por sí sola en una vía (la vía sin cabeza es un nombre tan bueno para ella como cualquier otro), y se ha aprendido mucho sobre esta vía —sus quiebros y vueltas, sus avances y bloqueos, su practicabilidad general—. Un mapa de toda ella, desde el comienzo mismo (mucho antes de la visión «del Himalaya»), se estaba haciendo esperar hace mucho tiempo.

Este capítulo de conclusión intenta esbozar un tal mapa. Representa, por supuesto, solo una de las incontables variaciones de esa vía arquetípica que lleva (en las palabras de la *Brihadaranyaka Upanishad*) «de lo irreal a lo Real, de la obscuridad a la Luz, de la muerte a la Inmortalidad». Aquí y allá se alinea y se funde con la vía del zen; en otras partes se desenvuelve por sí sola. Si parece más directa y más fácil que esta antigua vía extremo oriental, ello se debe a que nos lleva a través del paisaje familiar de la cultura occidental contemporánea, no porque sea más corta o más llana. No lo es. Tampoco se trata, por supuesto, de que nuestra detallada descripción de la ruta convenga a todos los viajeros occidentales. Excepto en lo que concierne a las tres primeras etapas (por las cuales pasamos todos) nuestro mapa se modela —no puede ser de otro modo— sobre el itinerario propio del autor. La medida en la que coincide con el del lector le incumbe a él determinarla. Forzosamente tiene que haber divergencias, incluso grandes divergencias. Pero al menos las primeras etapas de nuestro esbozo de mapa le indicarán cuán lejos ha llegado ya, y las siguientes le darán alguna idea de lo que le espera —los mojones y postes indicadores, las distracciones y escollos con los que probablemente se cruzará— si se encuentra a sí mismo siguiendo la vía sin cabeza.

Todas las vías son divisibles en etapas más o menos arbitrarias y a menudo superpuestas. Aquí, distinguimos ocho: (1) El bebé sin cabeza, (2) El niño, (3) El adulto con cabeza, (4) El veedor sin cabeza, (5) Practicar la no cabeza, (6) Acabar la no cabeza, (7) La barrera, (8) La apertura.

(1) El bebé sin cabeza

De bebé usted era como cualquier animal: era *para usted mismo* sin cabeza y sin rostro y sin ojos, inmenso, sin límites, no separado de su mundo —sin ser consciente de su bienaventurada condición—. Inconscientemente, vivía sin obstrucción desde lo Que usted es Donde usted es, desde su Fuente, y confiado simplemente a lo Dado. Lo que se presentaba a usted estaba realmente *presente* —la luna no era más grande ni estaba más lejos que la mano que la manoseaba—. Su mundo realmente era *su* mundo —la distancia, el más plausible y rapaz de los ladrones furtivos, todavía no había comenzado a sustraérselo—. Lo evidente era realmente *evidente* —el sonajero que caía fuera de la vista ya no existía: la desaparición significaba aniquilación—. Usted no hacía ninguna reclamación de esa cara en su espejo. Ella se quedaba ahí: era la de ese bebé, no la suya.

(2) El niño

Gradualmente usted aprendió el arte fatal y esencial de salir fuera y mirarse, como si fuera desde un metro (de usted mismo) y a través de los ojos de los otros, y de «verse» desde el punto de vista de los otros como un ser humano como ellos, con una cabeza normal sobre sus hombros. Normal pero única. Usted llegó a identificarse con esa cara particular en su espejo, y a responder a su nombre. Sin embargo permanecía *para usted mismo* sin límites, sin cabeza, Espacio ilimitado para que su mundo aconteciera en él. De hecho es probable que a veces deviniera bien consciente de ese Espacio. (Un niño es propenso a preguntar por qué los demás tienen cabezas y él no la tiene, o a declarar que él no es nada, que no está presente, que es invisible. Carlos, en la fiesta de su tercer cumpleaños, cuando se le pidió que localizara a sus diferentes tías y tíos, señaló a cada uno por turno correctamente. Entonces alguien le preguntó dónde estaba Carlos. El agitó sus manos sin saber: Carlos no podía localizar a Carlos. En una ocasión posterior, cuando fue regañado por ser un niño malo, no objetó nada a ser llamado

malo, pero protestó que él no era un *niño*. ¡Poco después, fue a su abuela y le anunció que él era un *niño*!).

En esta etapa usted se acerca a la óptima fruición de ambos mundos —del ilimitado mundo no humano de donde proviene y del limitado mundo humano al cual está entrando. Muy brevemente, usted tiene en efecto *dos* identidades en operación, dos versiones de usted mismo. Para los propósitos privados es todavía nada, espacio abierto, vasto, extendiéndose incluso hasta las estrellas (aunque ahora allá lejos, es completamente capaz de incluirlas: ellas son todavía *sus* estrellas): mientras que para los propósitos sociales es cada vez más lo opuesto de todo esto. Si nosotros, adultos, tenemos que devenir como niños a fin de entrar en el Reino de los Cielos, es como niños de esta feliz edad (digamos, hasta cinco años) como lo haremos —niños que son para sí mismos grandes, que son todavía inmensos, más verdaderamente crecidos que adultos, los supuestos adultos—.

(3) El adulto con cabeza

Los adultos se desarrollan, sin embargo, en proporciones sorprendentemente diferentes. Poppy, a una edad tan temprana como dos años, era ya muy dada a contemplarse a sí misma en el espejo: y, a los dos años y tres meses, cuando su madre le sugirió (pienso que imprudentemente) que podría no haber ninguna cara o solo vacío en el lado de aquí del espejo —justo donde ella estaba— replicó: «¡No hables así, me asusta!». Parece que, desde una edad muy temprana, la aprendida visión de nosotros mismos desde afuera comienza a ensombrecer, a sobreimponerse, y eventualmente a borrar, la visión original de nosotros mismos desde adentro. Hemos decrecido, no crecido. En lugar de presenciar y estar unidos con las estrellas —y con todas las cosas bajo las estrellas— nos hemos encogido y separado de ellas. En lugar de contener nuestro mundo, ahora nos contiene él a nosotros —lo que queda de nosotros—. Y así, reducidos de ser la totalidad de la escena a ser esta minúscula parte, ¿hay lugar a sorprenderse si usted y yo nos encontramos a nosotros mismos con todo tipo de trastornos —si crecemos codiciosos, resentidos, alienados, atemorizados, frustrados, fatigados, rígidos, imitativos en lugar de ser creativos, incapaces de amar, llanamente locos—? O, más detalladamente:

Codiciosos, pues intentamos recuperar y acumular a toda costa tanto como sea posible de nuestro imperio perdido.

Resentidos o agresivos, pues buscamos vengarnos de un orden social que nos ha reducido cruelmente de tamaño.

Alienados, solitarios, suspicaces, debido a que imaginamos enfermizamente que las gentes, e incluso los animales y los objetos inanimados, mantienen su distancia de nosotros, se alejan y guardan su reserva: y nos negamos a ver que esa distancia se reduce a nada, de modo que en realidad están justamente con nosotros *aquí*, nuestros compañeros e íntimos del corazón, más cerca que cerca.

Atemorizados, pues nos vemos a nosotros mismos como cosas, a merced de otras cosas y enfrentados a todas las demás cosas.

Frustrados, debido a que trabajar para esta cosa individual es cosechar un seguro fracaso: el fin probable incluso de nuestras empresas más «exitosas» es la desilusión, el fin cierto es la muerte.

Fatigados, debido a que la construcción, mantenimiento, y constante reajuste de esta caja imaginaria donde vivir, justamente *aquí*, consume muchísima energía.

Rígidos, solemnes, innaturales, insinceros, debido a que estamos viviendo desde una mentira, desde una mentira estúpida, inflexible, predecible, mezquina y limitativa.

No creativos, debido a que nos cortamos a nosotros mismos de nuestra Fuente y Centro y nos vemos como un mero efecto regional.

Incapaces de amar, debido a que echamos a todos los demás fuera del volumen que imaginamos ocupar, pretendiendo que no estamos construidos abiertos, que no estamos construidos para amar.

Locos, debido a que «vemos» cosas que no están presentes, y creemos efectivamente (contrariamente a toda evidencia) que somos a cero metros lo que parecemos a dos metros, bultos de materia sólidos, opacos, coloreados y configurados. ¿Cómo pueden nuestra vida y nuestro mundo estar cuerdos si su Centro mismo ha perdido la cordura?

En la medida en que no sufrimos de estos múltiples obstáculos permanecemos «niños en el corazón» en la etapa (2), sin cabeza, transparentes, alegres, y más o menos inconscientemente en contacto con la verdad de lo que somos. En otro caso nos hemos movido ya hacia una etapa posterior. De todos modos, la razón fundamental por la que muchos de nosotros vamos tirando, y no caemos crónicamente enfermos o nos volvemos locos, es a la vez simple y alentadora. Si, en nuestras vidas cotidianas, somos a menudo sensibles, amables, generosos, si nos reímos a carcajadas, e incluso somos felices, se debe a que todos nosotros —sea cual sea la etapa a la cual hayamos llegado— estamos enraizados y vivimos desde nuestra Fuente común y Perfección central, desde una y la misma No Cabeza, o Cara Original o Transparencia o Nada Consciente. Siempre estamos plenamente iluminados por una y la misma Luz Interna, bien la dejemos brillar o no. Nuestra felicidad está profundamente enraizada y es real, mientras que nuestra miseria tiene una raíz superficial y es irreal, nacida de la ilusión, de la ignorancia. Sufrimos debido a que no advertimos el hecho de que, en el fondo, estamos perfectamente bien.

Lo cual sugiere la pregunta: ¿Es la etapa (3) —esta extensión del camino tan plagada de sufrimiento basado en el engaño— solo una gran equivocación, una trampa innecesaria que puede y debe ser atajada? ¿Es posible saltar —ayudado por unos padres y maestros iluminados— desde la niñez de la etapa (2) a la verdadera adultez o *ver* de las etapas posteriores, evitando así lo peor de los trastornos que acabamos de enumerar? En otras palabras, ¿puede uno devenir un miembro pleno de este club llamado Sociedad Humana, y gozar de sus inestimables privilegios y facilidades, sin sumarse nunca a la mentira sobre la que está fundada, sin unirse nunca al «Juego de la Cara»*, sin devenir nunca *como ellos*? Rilke, escribiendo de un amargo incidente en su niñez, no se sentía esperanzado. «Pero entonces ocurre lo peor. Le toman de la mano y le llevan hacia la mesa; y todos ellos, tantos como presentes hay, se juntan inquisitivamente ante la lámpara. La tienen a contraluz; ellos se mantienen en la sombra,

---

* *The Face Game* (por D. E. Harding, en *Transactional Analysis Bulletin*, Abril, 1967) considera los innumerables y a menudo desesperados «juegos que la gente practica» como ramas que brotan de este Juego de juegos. Recortarlos aquí y allá solo puede hacerlos crecer más vigorosamente en otras partes. Para deshacerse de todos ellos y devenir libre de juego, hay que cortar el tronco padre, que es la pretensión de que hay alguien *aquí* que practica juegos —una persona (*persona*, máscara), una cara justo *aquí* donde yo soy, confrontando con su cara *ahí*, cara a cara, cuerpo a cuerpo, en una relación simétrica (y por lo tanto en disposición de juego).

mientras sobre él cae, con la luz, *toda la vergüenza de tener una cara*. ¿Se quedará y pretenderá vivir la suerte de vida que le adscriben, y crecerá para parecerse a ellos…?[**]

La pregunta que estamos haciendo es si podemos negarnos a estas imaginarias testas (*¡mot juste!*), estas vergonzosas y (en la medida en que «prenden») malignas excrecencias que la sociedad está determinada a implantar y cultivar justamente *aquí* sobre nuestros hombros —y todo lo que esas excrecencias implican—.

La respuesta es: en la práctica, NO. No hay ninguna opción, ningún atajo. Tenemos que cargar ese fardo y viajar ese largo y tortuoso camino. Es cierto que unos pocos declinan hacerlo, y nunca llegan a considerarse a sí mismos a distancia como segundas o terceras personas. Algo así como el hermano mayor en la historia del Hijo Pródigo, permanecen en Casa como primera persona del singular del presente de indicativo, en completa inocencia. No es un estado a envidiar. Incapaces de concebirse y de adaptarse a como los demás los ven, son etiquetados como «retrasados» o, aún peor, tienden a comportarse acordemente, y a necesitar cuidados institucionales. De hecho, no hay ninguna ruta desde el Paraíso de la niñez al Cielo de los bienaventurados que no pase a través de la Región Remota, a través de algún tipo de Infierno o al menos de Purgatorio. Para apartarnos realmente de nuestra terquedad, para abandonar el ego personal y separativo (y llegar así a las etapas posteriores de nuestro viaje) en esta etapa debemos ser miembros cumplidos de la sociedad que se dedica a su cultivo: como niños pequeños la egocentricidad es todavía demasiado superficial, demasiado inefectiva y variable y cándida, demasiado poco nuestra, para que la abandonemos. Para perder las cabezas realmente, debemos primero tenerlas firmemente en su sitio. Para apreciar realmente Lo Que somos, con claridad e impacto, debemos primero estar identificados con lo que no somos. Para valorar realmente lo perfectamente evidente, debemos primero adquirir el hábito de pasarlo inadvertido y de negarlo. El universo es tal que la verdadera liberación no tiene lugar *in vacuo*: es liberación de lo que es falso —sin lo cual no es liberación en absoluto—. Resulta así que la lista de trastornos —¡esa relación de infortunios que está lejos de ser completa!— no es totalmente infortunada. Es la precondición de una liberación que no puede tener ningún otro camino. Contribuye enorme y esencialmente a esa realización —a ese redescubrimiento de lo evidente— que eventualmente la rebasa, que es su cura en general y en detalle. Subyace a esa

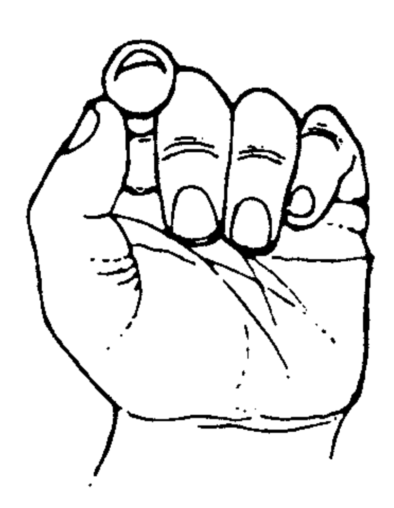
[**] *The Noteboods of Male Laurids Bridge*. Traducción John Linton, Hogarth, Londres, 1959. La cursiva no está en el original.

felicidad última que (como veremos) puede ser encontrada hacia el final del viaje. Mientras tanto los trastornos proporcionan ciertamente el más poderoso de los motivos para el apremio. ¿Quién querría ser retenido durante más de lo necesario en esta penosa región? ¿Y quién, habiendo hecho ya tales progresos a lo largo de la vía, no querría continuar —especialmente cuando la siguiente etapa es con mucho la más fácil y la más directa de todas ellas—?

(4) El veedor sin cabeza

Todo lo que uno tiene que hacer para entrar en esta cuarta etapa del viaje es dar un giro de 180º —por brevemente que sea— a la flecha de la propia atención de uno. La *katha Upanishad* lo dice de este modo: «Dios hizo los sentidos vueltos hacia fuera, y el hombre por lo tanto mira hacia fuera, no dentro de sí mismo. Pero ocasionalmente un alma osada, deseando la inmortalidad, ha mirado atrás y se ha encontrado a sí mismo». De hecho al «alma osada» no le faltan alientos. Está rodeada por incontables recordadores y oportunidades, por incontables medios de invertir la flecha de la atención —con solo que sea suficientemente inquisitiva sobre su verdadera identidad, y *con solo que esté dispuesta a abandonar por un momento las opiniones sobre sí misma basadas en lo que ha oído*, *en la memoria y en la imaginación*, *y a confiar solo en la EVIDENCIA PRESENTE*—.

He aquí tres de los muchos medios de operar el giro de la atención, para que el lector atento y honesto haga la prueba instantáneamente:



(I) Lo que usted está mirando ahora es este escrito; *desde* lo que está mirando ahora es Espacio vacío para este escrito. Al cambiar su cabeza por él, usted no pone nada en su camino: se desvanece en su favor.

(II) *Desde* lo que usted está mirando ahora no son dos pequeñas «ventanas» fijas llamadas ojos sino una única «Ventana» inmensa abierta de par en par sin marco alguno; de hecho usted *es* esta «Ventana» sin marco, sin cristales.

(III) Para cerciorarse de esto, solo tiene que señalar a la «Ventana» y observar *a* lo que ese dedo está apuntando —si hay algo—. Por favor hágalo, ahora…

Contrariamente, sin duda, como primera impresión, la no cabeza o trasparencia consciente —este ver en la Nada justo donde uno es— resulta tener varias virtudes únicas. *No hay ninguna experiencia en absoluto que la iguale*. He aquí cinco de sus peculiaridades —no para que el lector las crea, sino para que las verifique—:

Primera, aunque a través de los siglos este ver dentro se ha distinguido como la cosa más difícil del mundo, lo gracioso es que de hecho es la más fácil. Esta secreta mentira piadosa ha engañado a incontables buscadores fervientes. El tesoro de los tesoros en cuya búsqueda se consumieron es de hecho el más accesible, el más expuesto y llamativamente evidente de los hallazgos, encendido y a la vista todo el tiempo. La descripción que hace el Buda del nirvana en el Canon Pali como «visible en esta vida, acogedor, atractivo, accesible», es claramente verdadera y cuadra perfectamente. También lo es la afirmación del Maestro Ummon de que el *primer* paso en la vía del zen es ver en nuestra Naturaleza Vacía: deshacerse de nuestro mal *karma* viene después —no antes— de este ver. Y también lo es la insistencia de Ramana Maharshi en que es más fácil ver Qué y Quién somos realmente que ver «una grosella en la palma de la mano» —como ocurre tan a menudo, este sabio hindú confirma la enseñanza zen. Todo lo cual significa que no hay ninguna condición previa para este ver esencial. A uno mismo su verdadera Naturaleza le está expuesta siempre claramente, y es sorprendente que uno pueda pretender alguna vez otra cosa. Está disponible ahora, justo como uno es, y no requiere que el veedor sea santo, o instruido, o listo, o especial en ningún sentido. ¡Más bien a la inversa! ¡Qué soberbia ventaja y oportunidad es ésta!

Segunda, éste es el único ver real. No puede hacerse mal, y es completamente a prueba de fallos. Mire y vea ahora si es posible ser *más o menos* sin cabeza, percibir parcial o confusamente la Vacuidad donde usted es. Este ver del *Sujeto* es una experiencia perfecta y enteramente *todo o nada*, comparada con la cual ver *objetos* (tales como está página cubierta con marcas negras, y las manos que la sostienen, y su trasfondo) es mero atisbo: una ingente porción de la escena queda omitida, no se registra. La visión fuera nunca es clara, la visión dentro jamás es borrosa —como Chuang-tzu y Shen-hui dan a entender en las citas que hacen de prefacio a este capítulo—.

Tercera, este ver profundiza. La más clara y más distante de las visiones *fuera* es superficial —una mirada a un callejón sin salida— comparada con la mirada *dentro*, a la no cabeza que llanamente profundiza y profundiza siempre. Podríamos describirla como penetrando a las profundidades más hondas de nuestra Naturaleza consciente, y más allá de ellas al Abismo más allá de la consciencia misma, más allá incluso de la existencia, pero esto es realmente demasiado complicado y verboso. ¡Qué visión de transparencia se abre —o más bien, *se ahonda*— cuando nos atrevemos a apuntar con toda simplicidad al Sitio que se supone que ocupamos! Autovalidante y autosuficiente, desafiando toda descripción debido a que no ofrece Nada que describir, Lo que se ve es el Veedor y su ver, y ello no le deja ninguna duda sobre de *dónde* viene él. He aquí una experiencia que es singularmente inmediata, íntima, e indudable. Convence, como nada más puede hacerlo. «Ya no hay ninguna necesidad de creer», dice el sufí Al-Alawi, «cuando uno *ve* la Verdad».

Cuarta, esta experiencia singularmente comunicable, debido a que es exactamente la misma para todos —para el Buda, para Jesús, para Shen-hui, para Al-Alawi, para usted y para mí—. Es naturalmente así, puesto que no hay nada en ella sobre lo que discrepar, nada sobre lo que equivocarse, nada idiosincrásico o meramente personal y privado. En la No Cabeza encontramos al fin el Terreno común. ¡Cuán diferente de todas esas otras experiencias que son tan difíciles de compartir! Por muy vívidamente que usted describa e intente demostrar a su compañero sus percepciones y pensamientos y sentimientos, nunca puede estar seguro de que él está experimentando la misma cosa. (Usted y él están de acuerdo en etiquetar a la flor como roja, bella, interesante, y demás; pero la experiencia interior a la que se refiere la etiqueta es una experiencia esencialmente privada, imposible de pasar de uno a otro. Su experiencia del rojo, por ejemplo, podría ser la experiencia de él del rosa, o inclusive del azul). Pero invirtamos la flecha de la atención, y al instante entramos en el reino de la Certeza. Aquí, y solo aquí, en el nivel de lo que se ve como nuestra Cara sin cara y verdadera Naturaleza, hay comunicación perfecta, acuerdo imperecedero, ninguna posibilidad de incomprensión. Este acuerdo no puede ser sobrevalorado, debido a que es la más profunda unanimidad sobre lo Que nosotros y todos los seres somos *realmente*. A la luz de este asentimiento básico, podemos permitirnos diferir hasta cierto punto sobre lo que *parecemos* ser, sobre las apariencias.

En principio, entonces, esta experiencia esencial puede ser transmitida, sin la más mínima pérdida o distorsión, a cualquiera que la quiera. En la práctica, sin embargo, se necesitan medios de transmisión apropiados. Felizmente, están a mano, con una eficiencia que se acerca al

cien por cien, y hacen su trabajo en cuestión de segundos. Incluyen el dedo indicador y el ojo único, que ya hemos usado aquí. Además, el autor y sus amigos han inventado, a lo largo de los últimos veinte años, otros grupos de ejercicios, algunos de ellos se apoyan en otros sentidos además de la visión, muchos de ellos implican la totalidad del cuerpo, y prácticamente todos ellos son adecuados para trabajar con grupos de cualquier amplitud. (Para detalles, consultar la Posdata y el final). Tal multiplicación de entradas a nuestra verdadera Naturaleza tiene mucho valor —diferentes entradas para diferentes temperamentos, contextos, culturas, y épocas— pero no obstante es incidental. Es conveniente tener una selección de puertas a nuestra Casa, pero —una vez dentro— ¿a quién le importa por cuál ha entrado? Cualquier entrada al lugar que de hecho jamás podemos dejar —es una buena entrada—. No hay ningún límite para ellas.

Quinta y última, este ver en la propia Nada de uno está siempre disponible, sea cual sea el humor que uno tenga, cualquier cosa que uno esté haciendo, sin importar lo agitado o calmo que le acontezca a uno estar en el momento, de hecho, siempre que uno lo necesita: A diferencia de los pensamientos y sentimientos (incluso los «más puros» o «más espirituales» de ellos) es instantáneamente disponible, simplemente mirando dentro y no encontrando ninguna cabeza *aquí*.

Hemos examinado cinco virtudes inestimables de este simple ver dentro, y lo hemos encontrado absurdamente fácil, completamente a prueba de fallos, más profundo que lo más profundo, singularmente compartible, siempre a mano. Pero hay otra cara para esta espléndida moneda, todo un conjunto de defectos, o de escollos si usted quiere, que la experiencia de los últimos veinte años ha puesto al descubierto.

Algunas de estas aparentes desventajas surgen de las ventajas mismas de este ver dentro. Por ejemplo, debido justamente a que es tan evidente y tan fácil, tan disponible a demanda, tan natural y ordinario, es trágicamente fácil infravalorarlo, incluso despacharlo sin más como enteramente trivial. De hecho, su inmensa profundidad y poder espiritual pasan casi siempre inadvertidos, al menos al comienzo. ¿Cómo podría, se argumenta, una realización tan barata (de hecho, gratuita) merecer mucho la pena? ¿Qué trabajo espiritual hemos invertido en ella, por cuyo medio ganar algún don que merezca la pena? Además, esta realización, la menos costosa de todas, viene a nosotros sin el respaldo de ninguna credencial mística, sin el bagaje de ningún estallido de consciencia cósmica, sin ningún éxtasis. Todo lo contrario, es un cons-

tante abajo más bien que arriba, es una experiencia valle más bien que una de esas famosas experiencias cumbre. ¿Qué hay, en verdad, de «Himalayano» en ella? Confunde verdaderamente que la apertura de este libro fuera escenificada en aquellas montañas, con todas sus elevadísimas asociaciones espirituales, obscureciendo así la esencial bajeza y ordinariez de lo que aconteció que ocurrió allí. Ver la verdadera Cara de uno, en toda su familiar llaneza, es igualmente fácil en una aglomeración de tráfico o en un aseo público, y es muy poco probable que se confunda con algún tipo de logro espiritual. Y en cualquier caso la experiencia efectiva —en contraste con su escenario, bien sea grandioso o lóbrego— no puede ser atesorada y sacada a la luz de vez en cuando para una amorosa inspección, no puede ser recordada en absoluto. Es AHORA, o nunca. Solo se puede encontrar en la Zona Atemporal[*]. Lo que usted es ni tiene ni necesita ningún tiempo para ascender adonde sea.

No hay que sorprenderse, entonces, de que ver-Lo (lo cual no es otra cosa que ser-Lo conscientemente) sea una experiencia tan desnuda y austera e incluso sombría. El hecho de que sobrevenga como «no religiosa» y «desprovista de emoción», como «evidencia o hecho científico frío», como «prosaica y no gloriosa», es evidencia de su autenticidad. «Aquí no hay nada pintado en brillantes colores; todo es gris y extremadamente in-obstructivo e in-atractivo». Tales son los in-entusiastas comentarios que es propenso a suscitar el ver en Nada inicial, y ello por buenas razones. (Nuestras citas son de hecho del famoso experto zen D. T. Suzuki, y está describiendo el *satori*, que es el mismo ver nuestra verdadera Cara o Naturaleza Vacía). En cuanto a ganarnos este ver, o a lograr de alguna manera lo Que descubre, la idea es una insensatez; pues es ver en lo Que nosotros y todos los seres somos eternamente, en la Zona Atemporal *desde* la cual todos vivimos, independientemente del mérito y al margen de todas las gracias místicas —o de la falta de ellas—.

La verdad es que tales «defectos» o «escollos» —en particular la aparente superficialidad de este ver —no son tanto defectos como incomprensiones iniciales, que se aclaran pronta-

[*] Para comprobar el paradero de esta Zona, lea la hora registrada por su reloj *ahí* en su muñeca, y continúe leyéndola mientras lentamente sube el reloj hacia su ojo —al lugar donde no registra ningún tiempo, al lugar donde no hay ninguna cosa que padezca cambio alguno y que así registre el tiempo, al lugar donde no queda nadie que nazca o que muera, que se despierte o se duerma, al lugar del «verdadero ver, del eterno ver». Brevemente, al lugar donde usted es USTED MISMO, y está en Casa siempre.

(Esto puede constituir una lectura edificante, pero seguirán siendo solo ideas —¡a menos que nuestro pequeño experimento *se lleve realmente a cabo*, con un espíritu que valore lo Evidente tanto más elevadamente cuanto más ridículamente evidente sea!)

mente. El «escollo» real es completamente diferente, y parece extremadamente grave. Es que la gran mayoría de las gentes a quienes se ha mostrado Esto, a quienes se ha inducido brevemente a mirar dentro y percibir su no cabeza de la manera que hemos indicado (y su número rondará ahora las cinco cifras), se sienten felices de que la experiencia se quede en eso. Para ellos (si es que llega a resultar interesante) es poco más que una aventura intrigante, una manera inusual de mirar las cosas; o en otro caso solo una buena broma, una suerte de juego de niños divertido, y en cualquier caso carente de toda importancia para la vida cotidiana. No es para prolongarlo o repetirlo o estudiarlo, y ciertamente menos para practicarlo. Y así *no tiene virtualmente ningún efecto cualquiera que sea*.

¿Por qué este rechazo casi universal a tomar en serio lo que, nos aseguran los adeptos, es la mejor de las noticias, que trae consigo inmensas implicaciones prácticas? En el caso de las gentes alegres, carentes de curiosidad y satisfechos de sí mismos, apegados a sus creencias y propósitos jamás examinados, la respuesta es evidente. ¿Qué posibilidad hay de desmontar todo eso? (¿Y qué necesidad o derecho tenemos para intentar algo así? Después de todo, en cada uno de nosotros está oculto el Que sabe lo que puede y lo que no puede asimilarse útilmente en este tiempo, y que es ya y para siempre esa Iluminación, esa Luz interior, *desde* la que todos vivimos). En el caso de los buscadores sinceros, la respuesta es solo un poco menos evidente: ¿quiénes de nosotros querrían devenir «encontradores», cuando nuestra búsqueda tan llena de significado —¡tan noble!— estructura nuestro tiempo y ahuyenta el tedio, y cuando la Nada —que algunos dicen que está al final de nuestra gesta— aparece a esta distancia segura mucho más como una amenaza no velada que como una velada promesa? ¡No, tenemos todas las razones para seguir siendo humildes buscadores! ¡Nosotros *no* somos iluminados! El hecho es que en todos acecha un terror existencial, una resistencia poderosa y enteramente natural a lo que —aparentemente— equivale a una muerte y aniquilación súbita. ¡Todo ese esfuerzo largamente sostenido y a menudo agonizante, apremiado por todo tipo de presiones sociales, para empapelar el vacío interior y edificar sobre él un alguien justo *aquí*, una cara que pertenezca a uno mismo (en lugar de a todos los demás), una personalidad distinta propia de uno, un carácter estable para competir con aquellos que nos rodean, y ahora (¡Dios nos ayude!) todo esto se muestra no solo como un castillo de naipes que se desmorona sino (en el grado mismo en que se mantiene) como la causa de todos nuestros trastornos! Ésta es ciertamente una mala noticia, y especialmente para aquellos de nosotros que parecen estar progresando a completa satisfacción a través de este «valle de edificación del alma». La base misma de la totalidad de la industria del crecimiento personal es dinamitada por el simple acto

de ver dentro. No hay que sorprenderse de que algunas gentes se sientan visiblemente perturbadas —embarazadas, insultadas, asustadas, asqueadas, encolerizadas y ocasionalmente violentas— cuando se les invita a mirar dentro, y de que esquiven llenas de espanto ese horror instantáneamente. No es meramente un horror adulto y socialmente inducido: lo prueba el caso de Poppy que, a la edad de dos años y tres meses, ya se asustaba de su Vacuidad*. La sorpresa real es que alguno de nosotros —a pesar de todas las resistencias interiores y disuasiones exteriores— acoja y se haga cargo hasta el final de la obra de demolición. Siempre han sido una minoría quienes tienen este impulso, y su número muestra pocos signos de crecer rápidamente. ¿Son ingenuos quienes, permaneciendo en contacto con su niñez sin cara, nunca crecen completamente; o tristemente inadecuados tan heridos por la vida que una suerte de muerte les parecería un alivio; o dubitativos escépticos para quienes nuestro lenguaje y creencias —y especialmente las del tipo religioso— son un sistema de defensas dudoso y mal fundado contra lo que no puede ser dudado, a saber, nuestra verdadera Naturaleza; o inquisitivos tan adictos al autodescubrimiento de sí mismos que ningún precio es demasiado alto para pagar por él; o solo indignos recipientes de la gracia divina? ¿O alguna combinación de estos tipos? Mirando a su propio caso, el lector tiene toda una selección donde escoger.

De todos modos (cualquiera que sea la explicación) resulta que, mientras este simple ver dentro es *potencialmente* todo lo que hemos proclamado (y mucho más), es de hecho —casi para todo el mundo— solo otra experiencia pasajera entre las miríadas que concurren a componer una vida humana. Uno no podría llamarlo siquiera un primer paso a lo largo de la vía; o, si usted prefiere, es el tipo de primer paso que *no* cuenta.

Algunos, sin embargo, continúan. Y llegan a nuestra quinta etapa.

(5) Practicar la No cabeza

Ahora comienza la parte «difícil», que es la repetición de este ver en Nada sin cabeza hasta que ver deviene completamente natural y nada especial en absoluto; hasta que, haga uno lo que haga, está claro que no hay nadie *aquí* haciéndolo. En otras palabras, hasta que la totalidad de la vida de uno se estructura en torno a la flecha de doble sentido de la atención, que

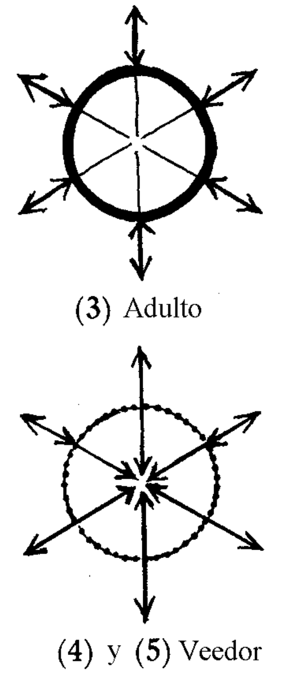
---

* Ver página nº 38

apunta simultáneamente dentro al vacío y fuera a lo que lo llena. Tal es la meditación esencial de esta vía. Es una meditación para la calle, de hecho para toda circunstancia y estado de ánimo, pero puede ser suplementada fructíferamente por periodos regulares de meditación más formal, por ejemplo, sentarse diariamente en un lugar tranquilo gozando exactamente el mismo ver, bien solo o (mejor) con amigos.

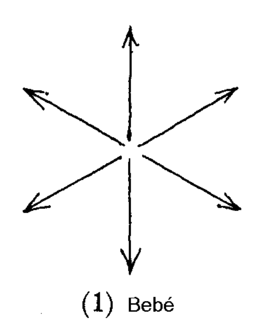
He aquí, de hecho, una meditación que no amenaza dividir nuestro día en dos partes incompatibles, un tiempo de retiro y de sereno recogimiento, y un tiempo de inmersión en el auto-olvido del torbellino del mundo. Por el contrario, todo el día llega a tener el mismo sentimiento, una cualidad enteramente constante. Cualquier cosa que tengamos que hacer o emprender o sufrir puede revertir así en nuestra inmediata ventaja: nos proporciona la oportunidad directa de notar Quién está implicado. (Para ser preciso, absolutamente implicado y sin embargo absolutamente no implicado). Brevemente, de todas las formas de meditación ésta está entre las menos artificiales y obstructivas, y (cuando se le da tiempo para madurar) entre las más naturales y prácticas. ¡Y entre las más divertidas también: es como si la Cara Original sin rasgos de uno esbozara una sonrisa como la del evanescente Gato Cheshire!

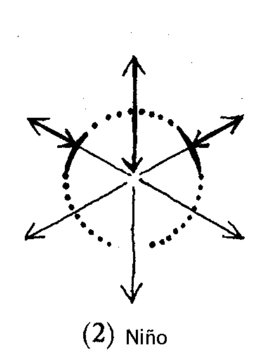
Al comienzo, la práctica esencial requiere mucho esfuerzo de atención. Normalmente, le lleva a uno años o décadas llegar a algo como ver dentro constante y espontáneamente. No obstante, el método es muy simple y siempre el mismo. Consiste en no dejar de ver al veedor —o más bien, la ausencia de veedor—. Algunos encuentran la práctica muy difícil de mantener durante mucho tiempo. Otros —veedores notablemente más jóvenes que han dedicado muy pocos años y menos esfuerzo a construir la persona ficticia en el centro de su universo— se dan a ella más rápidamente. Esto es algo que se ha de esperar: pues están todavía cerca de la etapa (1), cuando, como bebés, todavía no eran objetos o cosas para sí mismos. Como los animales, vivíamos entonces sin complicaciones *desde* nuestra Nada central, inconscientemente. Nuestra intención ahora es volver y vivir conscientemente *desde* ella.


(3) Adulto

(4) y (5) Veedor

Ésta es una intención estimulante. Es nada menos que nadar con la poderosa resaca de la evolución, la evolución de la consciencia misma a través


(1) Bebé


(2) Niño

de la prehistoria y la historia, la cual se recapitula ahora en la propia historia de uno como un individuo*. Como el animal y el bebé de la etapa (1), usted era inconsciente de usted mismo: todas las flechas de su atención se dirigían hacia fuera: *no advertía su presencia*. Como el niño de la etapa (2), probablemente fuera de vez en cuando verdaderamente Auto-consciente; en tales ocasiones una flecha de atención era vuelta hacia adentro también, y hacía blanco: *veía su Ausencia* —accidentalmente por así decir—. Pero cada vez más y más sus flechas vueltas hacia adentro fallaban ese blanco: en lugar de conectar con la Ausencia de todo cuerpo central se clavaban en la presencia periférica de un alguien muy humano. Como el adulto de la etapa (3), y falsamente auto-consciente, continuó dirigiendo las flechas de su atención a ese alguien insustancial, a esa apariencia humana suya que cada día se hacía más y más substancial para usted, y pronto fue su carta de identidad, su identidad misma. (¡Carta de identidad falsificada, identidad errónea!) Y ahora, como el veedor de las etapas (4) y (5), usted es de nuevo verdaderamente Auto-consciente: pero esta vez penetra ese anillo de apariencias más deliberada y consistentemente, y comienza a reposar en Eso *de* Lo que son apariencias, en su Realidad, que es su verdadera Identidad, su Presencia Ausencia, su Núcleo y Fuente. Cada vez más a menudo las flechas de la atención, simultáneamente dirigidas hacia adentro y hacia fuera, hacen blanco. Usted está deviniendo adepto al *ver de doble dirección* —que a la vez ve dentro en Nada y fuera en todo—. Usted está resultando ser uno de esos mutantes de nuestra especie —veedores que han surgido esporádicamente a lo largo de los pasados últimos milenios— que anuncian, esperemos, el siguiente salto evolutivo: quienes, de hecho, señalan la vía de la mejor posibilidad de supervivencia misma de la especie. Entre tanto, usted tiene que continuar con nuestra meditación para una vida en el mundo como es ahora.

En este punto tenemos que señalar dos cuestiones prácticas importantes:

(I) La primera es: ¿Cuán constante y sostenida es nuestra meditación? ¿Es posible —después de una práctica suficiente— ser vívidamente Auto-consciente todo el tiempo, y no

* Hablando estrictamente, por supuesto, no es la consciencia misma —es decir, la Vacuidad consciente— lo que evoluciona, sino lo que la ocupa. La consciencia atemporal y absoluta que usted es (para la cual algunos reservan el término de Presencia consciencial) no debe ser confundida con su aspecto temporal y relativo, el cual adopta y desecha innumerables funciones, formas y realizaciones.

perder nunca de vista la Ausencia justo *aquí*? Cuando se preguntó a Ramana Maharshi sobre esto, dio una respuesta altamente significativa. «A veces —explicó— la Auto-consciencia del *jñani* está en primer plano como la melodía más alta en la música. En otras ocasiones permanece en el trasfondo como el acompañamiento del bajo, que apenas se nota hasta que quizás se detenga: usted lo estaba oyendo todo el tiempo, pero de una manera atenuada». El hecho alentador es que la verdadera Auto-consciencia, una vez suficientemente valorada y establecida, puede confiarse en que continúe a algún nivel sin ningún trabajo o interés por mantenerla deliberadamente. Es algo así como estar enamorado. Usted no adora a esa persona menos si durante horas no se acuerda de su cara o de su nombre: es la adhesión que permanece ahí todo el tiempo, ininterrumpida, lo que importa. Así ocurre con la Auto-realización. Una vez que se ha adueñado de usted, ya no le dejará. Su verdadera Naturaleza tiene su manera propia de crecer cada vez más manifiestamente evidente: domina imperceptiblemente. Cualquier intento de imponerle una disciplina de búsqueda de una meta artificial solo puede frustrar su maduración, o incluso devenir una suerte de idolatría, una persecución de la no cabeza por la no cabeza, un intento de transformar esta Nada en un Algo muy codiciado.

(II) La segunda cuestión es: ¿hasta dónde puede confiarse en la meditación para resolver nuestros problemas? ¿Cuán efectiva es como psicoterapia?

La vía Sin Cabeza —en contraste con esas vías que combinan la espiritualidad oriental con la psicoterapia occidental— no se interesa deliberadamente en la observación de los procesos de la mente, ni en los sondeos psicológicos como tales, ni en la meditación dirigida a sacar a la superficie el material mental reprimido: ni (por la misma razón) en tranquilizar la mente. Más bien toma la línea de Ramana Maharshi, que enseñaba: «No separarse del Sí mismo es la cosa. No prestar atención a la mente nunca». Y de Chang Chen Chi, quien (en su valiosa guía *The Practice of Zen*) señala que el zen no está interesado en los múltiples aspectos y estratos de la mente sino en penetrar a su núcleo, «pues sostiene que una vez que se alcanza este núcleo, todo lo demás deviene relativamente insignificante y claro como el cristal». Nuestra propia posición es ésta: por supuesto es crucial que nuestros problemas psicológicos —de hecho cualesquiera pensamientos y sentimientos que acontezca que salgan a la luz— se vean claramente por lo que son, pero siempre *junto con Eso de donde vienen*, *junto con Ese que se supone que los tiene*. *Su Veedor no debe ser perdido de vista*. No está en cuestión el valor clínico de las modernas técnicas psicoterapéuticas, sin embargo nuestra respuesta radical a los problemas psicológicos (como a todo lo demás) es la atención de doble dirección, ver

simultáneamente dentro de esta Nada absolutamente inmaculada y libre de polución e improblemática y fuera a cualquier problema tenebroso que se presente. Su solución última está en colocarlos firmemente fuera del Centro, donde las cosas obscuras pertenecen, no en tratar de aclarar las tinieblas mismas. Para usar la inigualable imagen oriental, es un hecho enormemente tranquilizador que la más pura y más exquisita de las flores —el loto de la iluminación— florece en la más fangosa e insalubre de las ciénagas, en medio del lodazal de las pasiones, de todo este sórdido y obtuso material mental, de todo nuestro mal y sufrimiento. Limpie la ciénaga (¡qué esperanza!) o intente trasplantar el loto en medio de las asépticas y elevadas nieves de una espiritualidad ultramundana y esotérica, y se marchita. El zen llega tan lejos que dice que las pasiones *son* la iluminación, que la ciénaga *es* el loto.

Como siempre, nuestro método consiste en la sumisión a lo evidente, a lo exotérico, antes que apresurarse a interpretarlo y rectificarlo, una sumisión que lleva al descubrimiento siempre renovado de que lo Dado no está, después de todo, tan desesperadamente necesitado de nuestra ansiosa manipulación. De hecho, humildad frente a la evidencia «interior» y «exterior» (es decir, frente a nuestra perfecta Realidad central, absolutamente distinta y sin embargo absolutamente una con todas sus imperfectas manifestaciones psicofísicas, sus apariencias regionales, la totalidad de su puesta en escena) es todo lo que se necesita para nuestra curación. Esta atención de doble dirección, limpia de la intención de una sola dirección, es suficiente para liberarnos de todo mal. Descubre la Verdad que nos hace libres, libres en Casa donde no hay ninguna cosa cuyos rastros o huellas haya que aceptar, que nos ate o nos extravíe, y donde ver fuera, en el reino de las cosas que parecen ir siempre mal, está a sí mismo bien. Sí: perfectamente bien, por muy amenazadora que aparezca esa escena cuando se pierden de vista la Casa y su seguridad, y nosotros nos imaginamos neciamente que somos personas o egos separados *ahí* fuera, inmersos en la espesura, bajo un riesgo aterrador. *Ahí* fuera, nuestro engaño de egocentricidad atrae sobre la cabeza trastornos sin fin; *aquí* adentro, la realización de cerocentricidad no solo los repele —cabeza y todo— sino que los transforma enteramente. Vista desde su Origen, la densa obscuridad que nos rodea comienza a cobrar una Belleza que está más allá de la belleza y de la fealdad, y por fin nuestros pensamientos, sentimientos y acciones están contribuyendo espontáneamente a esa Belleza última.

Nuestra meditación de doble dirección, entonces, es psicoterapia verdaderamente radical, una psicoterapia tan profunda que los resultados abiertos y particulares pueden ser ciertamente muy lentos en su aflorar a la superficie. No obstante, cuando se persiste suficientemente en

ella, con toda certeza producirá —más como un don que como una recompensa esperada— mejoras completamente específicas en esa escena «exterior», en el reino afligido de problemas de nuestras vidas cotidianas. Típicamente, estas mejoras incluirán una vivificación de los sentidos (a saber, descorrer la cortina que sofoca la resonancia de los sonidos, que obscurece el brillo de los colores, que empaña las formas, y que filtra la hermosura que brilla en los lugares «más feos») y (junto con el despertar sensorial) un complejo de cambios psicofísicos interrelacionados, que incluyen un sostenido estado de alerta «de la totalidad del cuerpo» en lugar del tipo de alerta intermitente «de la cabeza solo» (como si uno estuviera completamente a punto para correr la carrera de su vida), una reducción del estrés, particularmente en la región de los ojos, la boca y el cuello (como si al fin uno los dejara partir), un progresivo descenso del centro de gravedad (como si al perder la cabeza uno encontrara su corazón, sus entrañas, y sus pies, que ahora están enraizados en la Tierra), una sorprendente mudanza hacia abajo de la respiración (como si fuera una función ventral), y de hecho un descenso general (como si todas las cosas buenas por las cuales uno se había esforzado tanto en las alturas estuvieran esperándole a uno en las honduras). Y, equilibrando este descenso, un ascenso igualmente general, que incluye un sentido de exaltación (como si uno estuviera perfectamente aplomado y fuera tan alto como el cielo), un brote de creatividad, que suscita energía y confianza, una nueva espontaneidad y vivacidad como de niño, y sobre todo una ligereza (como si uno no fuera tanto acompañado por el viento sino que fuera el viento mismo). Y finalmente, quizás, un apaciguamiento de los miedos, una marcada reducción del ansia y de la cólera, una suavización de las relaciones personales, más capacidad para el amor no egoísta, más felicidad. ¡Quizás! Como regla, sin embargo, particularmente después de que la conmoción y la novedad iniciales de la Auto-realización se han esfumado, y de que el gozo de la verdadera Naturaleza de uno es obscurecida por la expectación de beneficios para la propia naturaleza humana —esos beneficios son experimentados como modestos, esporádicos y variables—. Los frutos exteriores de ver no son tan particularmente abundantes como naturalmente uno querría, son de maduración lenta, e incluso entonces probablemente son más visibles para los demás que para uno mismo. A menudo no hay ningún sentido de mejora en absoluto. Puede haber un creciente sentido de decepción, un sentido de que se necesita algo más, adicional al ver desnudo. Lo cual nos lleva a la siguiente etapa de nuestro viaje.

(6) Acabar la No Cabeza

Tenemos que continuar descubriendo mucho más sobre el significado de la no cabeza, su valor para vivir, sus drásticas implicaciones para nuestro pensamiento, comportamiento y relaciones, nuestro papel en la sociedad. Esta etapa, aún menos definida que las otras, está destinada a solaparse con ellas en una amplia medida, y de hecho nunca se acaba. No hay ningún patrón estándar.

Dependerá mucho de los dones y del temperamento del individuo, y de la medida en que sea capaz de establecer lazos —y recibir apoyo— de otros. Ciertamente es mucho más agradable y más fácil progresar a lo largo de esta vía, y hacer los descubrimientos que pertenecen a esta etapa, en compañía de amigos mejor que solo. Sin embargo, ni la soledad ni ninguna otra dificultad retendrán a nadie, y todo —los libros, maestros y circunstancias apropiadas— le saldrán al paso en su asistencia, si está determinado a progresar*.

No es solo la disciplina y el apoyo provisto por el grupo, sino también la dirección espiritual sincera y a menudo humillante proporcionada (no siempre intencionalmente) por uno u otro de sus miembros, lo que es indispensable para la mayoría de nosotros. Como quiera que sea el autor puede testificar que —siempre que le faltaba (o que testarudamente suponía que le faltaba) el equivalente de un roshi, gurú, confesor, o director espiritual— su visión de la vía a recorrer ha sido innecesariamente miope y su avance tortuoso.

«¡Ay, yo no tengo amigos “sin cabeza” o “veedores”!», se queja el veedor novicio. De hecho, tiene muchos: es solo que no los conoce. Y más pronto o más tarde y con la paciencia suficiente, puede tener algunos que ya conoce: pues (como ya hemos visto) ésta es la más compartible de las experiencias, y el perfecto instrumento de comunicación está —literalmente— a mano. No debe desanimarse cuando las gentes reaccionan negativamente —pues para rechazar este ver, primero deben haberlo acogido, y haberse movido un paso más cerca, del momento en que le sea permitido quedarse. Tampoco hay necesidad de sentirse perdido cuando los demás contestan (argumentando por ejemplo que lo que se les está mos-

* La Posdata a este libro hace sugerencias prácticas sobre cómo el veedor puede contactar con otros veedores.

trando es demasiado exclusivamente visual: ¿cómo puede ser válido —por no decir importante— si no es válido para los demás sentidos, y es imposible demostrarlo a un hombre ciego?). Por razones que ya hemos explorado, la sugerencia misma de la no cabeza es para muchas gentes profundamente ofensiva, y no hay ningún fin a las objeciones que suscitarán. No importa: la no cabeza es para vivirla siempre, para compartir ocasionalmente, para argumentar nunca.

En la medida en que hay una «respuesta» a esa particular objeción sobre el hombre ciego, ésta bien podría tomar la forma de un pequeño experimento. «Ciéguese», y «vea» si usted es sin cabeza, o no. ¿Querrá usted, lector, hacer amablemente esto? Cierre sus ojos, y durante diez segundos compruebe si tiene ahora la más mínima evidencia de una cabeza ocupando el centro de su mundo, de alguna cosa *aquí* que tenga algún límite o forma o tamaño o color u opacidad discernibles —por no decir nada de ojos o nariz u oídos o boca—. (Los dolores, picores, sabores y demás no constituyen en verdad una cabeza, ni nada que se le parezca). O, en la misma línea, ¿tiene usted justo ahora la más mínima evidencia de un cuerpo? Para cerciorarse, ¿cuántos dedos del pie puede contar, cuando con los ojos cerrados abandona la memoria y la imaginación y se atiene a lo que se da en este momento?

De hecho, los amigos ciegos del autor le aseguran que perciben con perfecta claridad su ausencia de cabeza y de cuerpo, y la presencia de su verdadera Naturaleza como Vacuidad o Espacio o Capacidad para todo lo que está siendo experimentando —incluyendo las sensaciones «corporales» de todo tipo—. En este viaje de viajes el dotado de vista no tiene ninguna ventaja real sobre el ciego. El verdadero ver, el eterno ver, es de todos.

Para todos nosotros, la meditación de doble dirección es esencialmente la misma, cualquiera que sea el sentido que acontezca que estemos desplegando. La disposición es siempre doble aunque absolutamente asimétrica. Ese canto de pájaro cae en el Silencio *aquí*; el sabor de esas fresas se hace sentir contra este constante trasfondo de No sabor *aquí*; ese espantoso olor surge en contraste con esta continua ausencia de olor, con esta Frescura *aquí*; y así sucesivamente. Similarmente los pensamientos y sentimientos aparecen solo sobre la pantalla en blanco *aquí* que el zen llama no mente, y no dejan ningún rastro en ella cuando desaparecen. Lo mismo que, cuando «confronto» con usted, es su cara *ahí* lo que se presenta a mi ausencia de cara *aquí* —cara a no cara— de modo que, acoja yo lo que acoja, tengo que estar libre de ello: para ser llenado de agua el vaso tiene que estar vacío. La diferencia es total. Esto no sig-

nifica que, dados a la meditación de doble dirección «en la calle», estemos pensando en todo esto: no, simplemente proseguimos con la tarea de no perder contacto con nuestra Ausencia.

Todo lo cual demuestra cuántas y cuán variadas son las sendas a Casa y cómo el ciego, lo mismo que el sordo, son perfectamente capaces de viajar por nuestra Vía. No obstante, los dotados de vista tienen la bendición de algunas ayudas al viaje que le están negadas al resto. (Esto no ha de sorprender a nadie; no es por nada que los iluminados son llamados veedores y no oidores u oledores o tocadores —y ciertamente no pensadores—. La vista es naturalmente el rey de los sentidos aquí: cuando se dirige simultáneamente dentro y fuera, es el archi-enemigo de lo oscuro, el archi-revelador de lo Evidente). En la siguiente selección de las muchas realizaciones que nos aguardan (¡si se ven más terrenales —y a veces más graciosas o divertidas— que espirituales, tanto más a su favor!) será fácil distinguir las menos importantes, que dependen de nuestra visión externa, de las más importantes, que no dependen de ella.

(I) En apariencia soy una cosa que se mueve en el espacio. En realidad soy ese inmutable Espacio mismo. Al cruzar la habitación, miro hacia *abajo*, y mi cabeza (no cabeza) es la infinita y vacía Quietud en la que esos brazos y piernas se bandean. Al conducir mi coche, miro hacia *fuera*, y mi cuerpo (no cuerpo) humano es la misma Quietud, en la que se está barajando la totalidad de la región como un mazo de cartas gigante. Al salir de noche, miro hacia *arriba*, y mi cuerpo-tierra (no cuerpo tierra) es la misma Quietud en la cual se mecen y danzan esos cuerpos celestes. (¡No: no puedo encontrar *aquí* ninguna cabeza que gire a derecha e izquierda, que se mueva arriba y abajo!). Finalmente y lo más importante, «me ciego» (cierro mis ojos, dicen) y mi cuerpo-universo (no cuerpo universo) es la misma infinita y vacía Quietud que ahora se revela como la no mente inmutable cuyos contenidos mentales se niegan a permanecer quietos ni siquiera un momento. Además de confirmar una vez más la verdadera Identidad de uno, este aspecto de la sumisión a lo Evidente —del ver de doble dirección, de la meditación para todas las estaciones— ocurre que quita la prisa a «la prisa de la vida moderna»: o más bien, al que piensa que tiene prisa. Él jamás se ha movido ni un centímetro. Toda su agitación es ilusoria. Él no necesita ni puede hacer nada para aplacarla, excepto dejar de ignorar el lugar donde está siempre en reposo, donde la Paz que rebasa toda comprensión es tan brillantemente autoevidente. ¡Esta tranquilidad anhelada, que él imaginaba que siempre le estaba rehuyendo, se descubre en su centro mismo, *suplicando ser notada*!

(II) Mientras que yo les parezco a los demás de *ahí* fuera (que me ven desde una distancia) una cosa humana móvil y limitada, yo soy realmente *aquí* (viéndome a mí mismo desde ninguna distancia) esta Nada inmóvil e ilimitada y no humana. Percibo que esta Nada o Espacio está atestada de toda suerte de cosas, móviles, coloreadas, con forma, ruidosas, agradables y desagradables, sensoriales y no sensoriales, y así sucesivamente. Y paradójicamente, debido a que este Espacio es absolutamente diferente y absolutamente incontaminado por sus contenidos, se identifica absolutamente con ellos. Yo no creo esto, lo veo. El Espacio *es* las cosas que lo ocupan. Esta Quietud-Silencio *es* los movimientos y los sonidos de los que es el trasfondo. *Como algo yo soy meramente esa cosa, como nada yo soy todas las cosas.*

(III) Y todos ellos se dan justamente *aquí*. Así ese cielo, ese sol, esa nube, esa hierba, esa ventana, esa alfombra, esa página cubierta de palabras, las manos que la sostienen, todos están presentes, evidentemente presentes a mí donde yo soy y donde está mi cámara fotográfica, y no donde no estamos. Ninguna distancia se introduce entre nosotros. (Como se señaló más atrás, si voy hacia ellos progresivamente los pierdo; además, si se tiende una línea entre nosotros, que una este sitio con el objeto «más lejano», yo debo leerla *aquí* como un punto sin dimensiones). De ello se sigue que todo el mundo es mío, y que soy rico más allá de toda comparación. Y, en buena medida, este tipo de propiedad es la única real. Pues en tanto que este *algo* menudo y sólido (y completamente ficticio) *aquí,* excluyo a todas las demás cosas del volumen que ocupo y así soy el más pobre de los pobres; mientras que como esta Nada o Espacio inmenso y vacante (y real) dejo que entren, doy cabida al Universo entero, tengo y contengo la plenitud. ¡No hay que sorprenderse de que todo sea tan irresistible, tan inmediato, tan, —*brillante*—!

(IV) ¿Cómo es, entonces, que todavía sigo viendo todo —empezando con estas manos y acabando con ese cielo azul— *ahí* fuera en lugar de *aquí*? ¿O, extrañamente, fuera y dentro a la vez? En un nivel, la respuesta es que este mundo tridimensional es una manera muy conveniente de explicar datos, un modelo de cuyo valor para la supervivencia mis ojos mismos —cuya fisiología está tan ampliamente adaptada al hallazgo en profundidad— dan testimonio. En un nivel más profundo, la respuesta es que, de hecho, *no es mi mundo sino su Veedor el que es tridimensional*. *Aquí* en mí —en *mi* lado de este dedo apuntando hacia dentro, de esta página, de cada objeto— se extiende esta Sima insondable. (A ella le debo el feliz hecho de que —por paradójico que sea— ese cielo tachonado de estrellas, aunque no dista de mí ni siquiera un ángstrom, sea sin embargo más distinto, más pavorosamente celestial, de lo que

nunca fue: al prestarle una ilimitada distancia de mis ilimitados recursos, le presto un ilimitado encanto). De un modo o de otro, la tierra llana de mi infancia tenía que partir. Durante toda mi niñez y mi incipiente adultez, *mi método fue hacer retroceder el* mundo, *para prestarle su propia distancia*. Resultado: lo perdí, por supuesto. Cada vez más mi proyección de él equivalía a mi rechazo de él y al rechazo de mí por él, y yo crecía cada vez más empobrecido, solo, desconectado, alienado. El valor para la supervivencia inicial de ese método se transformo rápidamente en su inverso y devino (por así decir) un valor para la extinción. Pero ahora, al fin, como el veedor de las últimas etapas, en lugar de hacer que todo retroceda dejo que todo entre de nuevo, y el mundo es insondable debido a que yo soy insondable. La flecha de doble punta de mi atención se dirige simultáneamente hacia delante al mundo «exterior» de las cosas que de hecho comienzan y se acaban justo *aquí*, y hacia atrás al mundo «interior» de la Nada que en realidad continúa y continúa para siempre. Y ambos son un único mundo. Todo está en mí, todo es mío, todo es mí mismo y yo estoy bien de nuevo.

(V) Lo que poseo verdaderamente trabaja para mí, no contra mí. Si el Universo es mío, debe comportarse del modo en que yo quiero que se comporte. Bien, la verdad es que, lo mismo que un espejo, esta Capacidad o Vacuidad que yo soy no tiene ningún modo de rechazar ninguno de sus contenidos, no tiene ningún preferencia, ningún favorito. Debe darse a todo lo que acontece. Ella es sin elección, y sin embargo (como se hará cada vez más claro a medida que continuemos) es responsable de todo lo que acontece. No quiere nada, y quiere todas las cosas.

(VI) Incluso mis propias acciones devienen aceptables. Mis errores más tontos de algún modo no son errores después de todo. Y en cualquier caso, haga lo que haga —desde lavar los platos a conducir mi coche o pensar en este párrafo— me encuentro a mí mismo haciéndolo peor cuando estoy imaginando a un alguien con cabeza aquí haciéndolo, y mejor cuando veo que no está. Vivir conscientemente *desde* la verdad de la Nada que yo soy funciona, funciona mucho mejor que vivir *desde* la mentira de la cosa que yo no soy —lo cual es apenas sorprendente—.

(VII) Todo es cuestión de poner primero lo que va primero, de no perder nunca el contacto con ESTO. Cuando como una persona aspiro *directamente* a estar al frente de la vida e implicado en ella y verdaderamente *con* ella, de hecho estoy alienado de la vida, alzado contra ella, y finalmente soy su víctima. Mientras que cuando mi aspiración es *indirecta* —a través de la

Ausencia percibida *aquí* de esa persona que busca implicarse —entonces yo no estoy fuera en el mundo, no estoy *con* él: estoy saboreando la experiencia de *ser* él (el mundo). Soy sin límites, verificador del mundo, *iluminado* (como el maestro zen Dogen lo señala tan deliciosamente) *por todas los seres*. Iluminado por lo que parecen ser, tanto como por Lo Que son.

(VIII) Llego a darme cuenta de que mi ver la Ausencia *aquí* no es ver *mi* Ausencia, sino la de todos. Veo que el Vacío *aquí* es suficientemente vacío y suficientemente grande para todo, que es *el* Vacío. Intrínsecamente, todos somos uno y lo mismo, y no hay ningún otro. De ello se sigue que lo que yo hago a alguien me lo hago a mí mismo, y que lo que les ocurre a ellos me ocurre a mí. Es un hecho que debo tomar muy seriamente. Llámelo amor incondicional, o compasión, o un corazón verdaderamente generoso —sin esto, y el espontáneo vivir de esto, mi ver dentro es en verdad solo tentativa—.

(IX) Ver en Nada es conectar conscientemente con la Fuente de toda cosa, con la originalidad del Origen y la creatividad del Creador, con la fuente de todo sentimiento y acción verdaderamente espontáneos y de todo lo que es nuevo y por lo tanto impredecible. Como siempre, esto no es para creer sino para probar. ¡Vea, y vea a dónde le lleva eso!

(X) Este ver es entrar en Casa, el único puerto seguro, nuestra querida tierra nativa (profundamente familiar y sin embargo inagotablemente misteriosa), lo que es digno de toda confianza. Esto es nuevamente para comprobar, todo el día y todos los días.

Estas diez, con otras incontables realizaciones, aguardan al viajero en esta etapa del viaje. Conducen a —y son evidencia de— la profundización y maduración de su no cabeza original. O (para decirlo mejor) son parte del cumplimiento de lo que en todo momento estaba implícito en esa visión.

Prominente entre todas ellas hay una realización —un multifacético desarrollo espiritual apropiado a nuestra etapa (6) pero no ciertamente confinado a ella— que insiste sobre una atención especial a este punto. Es la experiencia de *no saber*, de la propia ignorancia profunda y omni-inclusiva de uno. De hecho, se sigue de «yo no soy nada» que «yo no sé nada», pues evidentemente una nada *informada* no es una nada sino un algo, es forma y no vacío.

Este no saber comprende dos partes completamente distintas:

(1) La primera es el abandono de la asunción de que *por supuesto* las cosas son y tienen que ser lo que son. Es la renuncia a la seguridad de hombre de mundo adulto y sofisticado que (como solemos decir) lo sabe todo, que ya lo ha visto todo antes, que no hay nada nuevo bajo el sol, que ya lo ha pateado todo, y para quien el «¡Oooh!» es pueril y un bostezo «¿y eso qué»? es adulto. (Levante su dedo meñique, guiñe un ojo, note la hospitalidad que le está dando a estas formas impresas y a esos sonidos —la vivacidad que deben a la profundidad y claridad del sitio que usted les da— y admita que usted no tiene ni idea de *cómo* hace éstos y un millón de milagros más). Es una suerte de olvido global, un lavado de nuestro universo manchado, que disuelve capas acumuladas de nombres, recuerdos, asociaciones, y que lo deja todo inhabitual y fresco y fragante. Es dejar de dar por supuesto todas y cada una de las cosas. Es el redescubrimiento de lo evidente como muy singular, de lo dado como maravilloso y precioso, antes de someterlo a nuestros propósitos. Es admitir la gloria que ha estado ahí todo el tiempo. De hecho es *mirar* a la «más ínfima» piedra y hoja caída, al «más sucio» fragmento de basura, a cosas «irrelevantes» como la forma y el color de las sombras y el reflejo de las luces coloreadas de la ciudad en las húmedas calles por la noche (que hemos dejado de ver debido a que no paseamos por ellas). Es ser conscientemente lo que somos realmente —Capacidad para las cosas— el Espacio en el que a cada una de ellas se le permite que ocurra según su peculiar tipo de perfección. Es ver conscientemente todo *desde* su Fuente, reuniéndolo con la Infinitud que se encuentra a *este* lado de ello. Es ver, oír, tocar las cosas como si fuera por primera vez, aliviadas del aplastante fardo del tiempo pasado. Es la revitalización y extensión de nuestro asombro de la infancia. Es estar presente en la mañana de la creación, antes de que Adán pusiera nombre a las criaturas y se cansara de ellas. Es verlas con el ojo de su Creador, como muy buenas. En los términos del zen, de nuevo, es «ser iluminado por todos los seres», debido a que no hay nada *aquí* que nuble su luz.

Este no saber no tiene límites. Se extiende más allá de lo que percibimos a todo lo que sentimos y pensamos y hacemos. Es dejar de saber cómo contender con la vida, adónde vamos, qué hacer después de que se haga esta tarea inmediata, qué va a pasarnos mañana, la semana que viene, el año que viene. Es dar un paso cada vez y a ciegas, en la confianza de que el Espacio *aquí* —que es nada y no conoce nada excepto a Sí mismo— surgirá no obstante, momento a momento, con lo que se necesita. Es vivir como los lirios del campo, sin pensar en el mañana, confiando en nuestra Fuente. (Por supuesto, esto puede ser usado como una

excusa para evadirse, pero cuando *es vivido* es acoger y dar a la vida todo aquello de lo que somos capaces, incluyendo la planificación que sea necesaria).

La vida del no saber, y su extraordinario gozo y capacidad de trabajo, no pueden ser buscados directamente. Solo pueden tenerse abandonando toda pretensión a ellos y toda idea sobre su cultivo. Sin embargo, puede contarse con su llegada a su debido tiempo, siempre que prestemos atención a su trasfondo, a la Nada *aquí*. Buscad primero el más desnudo de los Reinos (el Reino dentro) y todas estas cosas bellas se os darán por añadidura: buscadlas a ellas, y os serán arrebatadas. Permanezcamos con la Vacuidad que conocemos (y desconocemos) tan bien, y Ella aportará el llenado que no conocemos, pero que resultará ser exactamente lo que se requiere en este momento.

¿Por qué debemos confiar en que Ella vendrá siempre con la respuesta justa, por muy errónea que la respuesta pueda parecer en el presente inmediato? ¿Por qué debemos confiar en Ella *absolutamente*? Si la experiencia no nos ha dado todavía razones abrumadoras para hacerlo así, veamos ahora lo que es Su cumplimiento más sublime, más brillante, inspirador de confianza y demoledor de la mente —y sin embargo, una vez visto, el más evidente de todos—.

(2) La segunda categoría de no saber no es el abandono de la asunción de que por supuesto las cosas tienen que ser lo que son, o lo que hacemos de ellas, sino de que *¡tienen que ser a secas!* ¿Por qué debe existir la existencia misma? La diferencia entre estos dos no saberes es inconmensurable; no son del mismo tipo. El primero ve como milagros las cosas de las que somos conscientes. El segundo ve como *el* Milagro la Nada consciente de la que todas vienen. El primero es comparativamente benigno, dulcemente progresivo, siempre cambiante, una cuestión de grado. El segundo es un golpe de gracia, un ver todo o nada, ni remotamente semejante a ningún otro.

Sin embargo, la llave para él es minúscula, y se encuentra en la distancia entre estas dos pequeñas palabras, *qué* y *eso*. Aquí, «*¿QUÉ* es la realidad?» pierde toda importancia; «*ESA realidad es*» deviene toda *la* importancia. Ludwing Wittgenstein escribió: «*Lo que* las cosas son en el mundo es una cuestión de completa indiferencia para lo que es más elevado. Dios no se revela *en* el mundo… No es *lo que* las cosas son en el mundo lo que es místico, sino *eso* existe». Lo cual yo lo ampliaría a: el hecho verdaderamente místico es que *Dios* —o Ser Au-

to-consciente— existe, y después de él la existencia de su mundo es comparativamente irrelevante, algo dado por supuesto.

En este punto tendré que referirme otra vez a la autobiografía llana. No puedo recordar con detalle, por supuesto, los primeros episodios de mi romance tan a menudo interrumpido (pero de toda la vida y apasionado) con el Misterio de la existencia. Sin embargo la siguiente reconstrucción de la aventura en cuatro etapas —que culmina en el descubrimiento del significado y del valor último de «no tener cabeza»— es la mejor manera de transmitir su espíritu, su sentimiento real:

(I) Soy un joven de menos de veinte años, en conversación con un amigo más mayor:

DH: De acuerdo, Dios hizo el mundo, ¿pero cómo llegó a estar él ahí primero? *¿Quién hizo a Dios*?

Amigo: Nadie. Él se creó a sí mismo.

DH: ¿Pero cómo pudo hacer eso? ¿No había nada en absoluto, un gran espacio vacío, y de repente —¡BANG!— él era? ¡Debió sentirse *completamente atónito*! Yo puedo oírle exclamar: «¡Mira, me he hecho a mí mismo acontecer! ¡Que *astuto* soy¡»

Amigo: Estas siendo irreverente. Dios es tan grande que siempre era, siempre *tuvo* que ser. ¿Por qué debería sentirse completamente atónito ante su propia existencia? Ella es su naturaleza.

DH: Bien, *Yo* pienso que debe ponérsele la carne de gallina cada vez que advierte que él se hace, que se produce a sí mismo así, del aire sutil (no como una vieja y soñolienta aglomeración de algo sino completamente despierto), ¡sin ninguna ayuda exterior en absoluto! ¡No es magia, es *imposible*! ¡Después de eso, puede hacer cualquier cosa: hacer billones de mundos todos completos, con las manos atadas a la espalda!

Amigo: Tú no comprendes. Tiene que haber Alguien, creando todo.

DH: ¡Pero no Alguien creándose a sí mismo! *Él* no tenía que acontecer. Podría no haberlo logrado. O, si él *tenía* que acontecer, entonces debe haber habido Alguien más en el trasfondo, haciéndole acontecer —lo cual significa que él no es Dios después de todo. ¡El Dios real es ese Alguien más —de nuevo, ocupado inventándose a sí mismo!

Amigo: (Levantándose para irse): Estas cosas no son asunto nuestro. Dios y el comienzo son misterios que no podemos investigar —misterios para nosotros por supuesto, pero no para él—.

DH: (para sí mismo): ¿Entonces por qué me hizo él un indagador? Todavía pienso que es muy gracioso —peculiarmente gracioso— que haya alguien y algo en absoluto. Debe haber solo, ¡nada! Ni una mota, ni una punzada, ni un atisbo de consciencia.

(II) Algunos años más tarde. Ya adulto —pero todavía no conscientemente sin cabeza— reflexiono más y más sobre el tema de la Auto-existencia, que no quiere dejarme en paz.

¡Es Dios mismo quien es el archi-no conocedor! Dios (o como quiera que usted le llame es Nada y Fuente y Consciencia y Ser) posiblemente no puede comprender cómo se produjo a sí mismo, cómo se originó a sí mismo por su propio esfuerzo de la no existencia vacía, cómo se despertó a sí mismo del más profundo de los sueños profundos, de esa noche larga y sin sueños. Comprenderse a sí mismo sería padecerse a sí mismo en una regresión infinita y fútil. ¡Una contorsión absurda y auto-agotadora! Él *ama* ser un misterio absoluto para sí mismo —un dios que se supiera eternamente a sí mismo sufriría un aburrimiento eterno—. Pero esta divina ignorancia no es tampoco un fallo en su naturaleza. Todo lo contrario: es la razón por la cual permanece para siempre lleno de temor extático de sí mismo, más allá de toda medida. Es la razón de su humildad mucho más que humana, de su estremecimiento frente a su propia grandeza inexpresable, de su vértigo cuando mira dentro de sus propias profundidades sin fondo. (¡Solo nosotros, los condescendientes humanos, somos lo suficientemente engreídos para reclamar el Ser como nuestro derecho natural, como si estuviera en el bote y se diera por descontado, como si se nos sirviera regularmente para el desayuno!). Y, cuando por fin se desgasta nuestra ridícula pretensión, es la razón última, no solo para la adoración de él, sino también para una ilimitada confianza y optimismo. Después de este Milagro inicial y único real, ¿qué milagro puede ser desestimado? Todas las cosas son posibles para el Que ha logra-

do lo Imposible. El Que tiene el gran «sé-cómo» —que es saber y no saber cómo ser— no es ningún chapucero. Su mundo no tiene nada malo. Todo está bien.

(III) He llegado a los primeros años de mi treintena, y he «perdido mi cabeza». Como resultado de ello, mi pasmo de la niñez y de la juventud ante la Existencia comienza a cobrar nuevas dimensiones. Tropiezo con deleite en ese luminoso e inspirado dicho de San Juan de la Cruz: «Quienes conocen a Dios más perfectamente perciben más claramente que él es perfectamente incomprensible». Y esto lleva al pensamiento sobrecogedor: lo que valida nuestro conocimiento de él (como perfectamente incomprensible), lo que le hace conocimiento verdadero, es que es realmente su conocimiento de sí mismo, teniendo lugar en nosotros. Pues no es como estas criaturas pequeñas, opacas, con cabeza, demasiado humanas como nos pasmamos, nos llenamos de estupefacción, ante la maravilla de la Auto-creación, sino como el Auto-creador mismo. (¡No: no nos estamos entregando a delirios de grandeza! Al contrario, estamos desechando como ridículas todas nuestras pretensiones a una divinidad *personal*. La arrogancia real, la blasfemia real es la pretensión de que este ser humano *como tal* puede escalar las vertiginosas alturas desde las que Dios puede ser contemplado, por no decir nada de la pretensión subyacente de que este «ser» humano a su propio nivel tiene algún ser suyo propio aparte del Único que *es*). El hecho prodigioso (a la vez infinitamente exultante e infinitamente humillante) es que nuestra pasmosa delectación en su logro es nada menos que su propia pasmosa delectación —la cosa real y no un reflejo de ella, ni una participación en ella—. En este nivel, ¿qué otros hay para compartirla con ellos?

(IV) Finalmente, de improviso la verdad culminante (y por fin perfectamente evidente) amanece en mí. ¡La Auto-originación no es una proeza imposible llevada a cabo por algún otro, distante, de una vez por todas, hace mucho tiempo, sino que está teniendo lugar justamente *aquí* y justamente *ahora*! La Imposibilidad es continua, inagotable y siempre presente. ¡Aquí, en este lugar menospreciado —que los demás dicen pequeño— en este lugar inadvertido, supuestamente taponado con una cabeza, *aquí se está actuando como si fuera por primera vez (*¡omítase *como si fuera*!*) la totalidad del drama inconmensurablemente vasto de la Auto-creación en toda su prístina maravilla, en este mismo instante!* Justo aquí y ahora, este misterio pasmoso —esta exclamación «¡YO SOY!»— es *mi* exclamación, es —*mi* misterio, es *Mí mismo*—. Y yo tengo que hacerme cargo. Justo aquí y ahora, ya no puedo evadir más mi responsabilidad por la Esencia misma —mucho menos por todo lo que es—.

Si en el centro mismo de mi universo hubiera habido un bulto —un pequeño, firme e intensamente personal paquete de material y de procesos neuronales— ¡cuán insensato sería suponer que una cosa tan irrisoria podría abarcar significativamente el Cosmos y su origen y todo el misterio del Ser! Afortunadamente percibo —podría decir que este Lugar mismo sin cabeza percibe— que como Consciencia absolutamente serena e infinitamente extendida se ajusta idealmente a esa tremenda tarea. Tal es su oficio propio. Y lo que es más, puedo estar seguro de que este mismo lugar (el más ínfimo y sin embargo el más grande, el más privado y sin embargo el menos privado, el más cercano y mejor conocido y sin embargo el menos conocido de los lugares) encierra muchas más —inconmensurablemente más— sorpresas inimaginablemente maravillosas. ¿Quién habría pensado que perder una mera cabeza significaría ganar una tal casa del tesoro?

Sin embargo, la riqueza misma de esta potencialidad, los ilimitados recursos de esta Cueva de Aladino, pueden devenir una razón para la frustración, para el ansioso sentimiento de que, después de todo, estamos condenados para siempre a seguir siendo buscadores, nunca capaces de obtenerlo todo, careciendo siempre de algo importante, siempre al borde de *la* revelación. Pero esta ansiedad surge solo en la medida en que perdemos de vista la Cueva misma, *Lo Que* es tan prolífico, la Fuente y Contenedor Transparente y ciertamente el Final de todas las realizaciones, nuestra Naturaleza sin naturaleza verdadera y eterna. Ellos (los seres) nacen; Ella es no nacida. Ellos vienen y van, crecen y menguan. Ella nunca cambia. Ellos están construidos de pensamientos y sentimientos; Ella está limpia de ellos. Ni siquiera la más sublime de estas realizaciones, ni siquiera la maravilla culminante de la Auto-originación[*], es Real en el sentido en que *Ella* es Real, y ninguna de ellas es algo a lo que atrapar o a lo que agarrarse. Sin embargo cada una de ellas ha de ser tomada, cuando emerge, con reverencia, como portadora de la autoridad de su Origen y perfectamente adecuada a su tiempo y ocasión.

De hecho, no hemos llegado en modo alguno al final de esas grandes realizaciones que jalonan las etapas de la Vía Sin Cabeza. Todavía tenemos que ir muy lejos a lo largo de la sen-

[*] *The Gospel of the Egyptians* invoca al «Auto-engendrado Perfecto, que no está fuera de mí», y el *Trapartite Tractate* habla del Inefable que «se conoce a sí mismo como él es, a saber, como el que es digno de su propia admiración, y gloria, y honor, y alabanza, puesto que *se produce a sí mismo*». Los autores gnósticos de estos pasajes vivieron alrededor de los siglos II y III d.C. En 1657 el católico Angelus Silesius describe a Dios como «inclinándose y postrándose ante sí mismo». Él está maravillado debido a que «quiere lo que él es y es lo que él quiere, sin fin y sin causa».

da. Por otra parte lo que sigue está a punto de tornarse cada vez más difícil. Una formidable Barrera se está insinuando…

(7) La Barrera

No importa cuán revolucionarios sean los descubrimientos hechos a lo largo de las etapas (5) y (6) de la vía, o cuán valiosos para la vida se prueben al comienzo; al final dejan al viajero profundamente insatisfecho. Sigue habiendo un malestar, una añoranza indefinida. A pesar de todo este «progreso espiritual» completamente genuino, hay una importantísima región que aún no se ha recorrido, o al menos no se ha explorado suficientemente. Es un país obscuro y peligroso habitado por monstruos, y no puede ser eludido. Es el área de la voluntad. Aquí, más allá y por debajo de todos estos eventos luminosos, el ego no regenerado está todavía manos a la obra, operando posiblemente con más vigor que nunca. Y así llegamos a la etapa (7) de nuestra vía, que parece mucho más un callejón sin salida o una obstrucción insuperable que lo que es de hecho —la etapa de prueba real del viaje, penosa pero obligatoria—.

Es un descubrimiento frustrante y tal vez completamente devastador, que el propio ver en la Nada *aquí*, perfectamente claro y casi habitual (apoyado por todos esos alentadores desarrollos que hemos observado hasta ahora), pueda ir acompañado de ceguera a un Algo macizo *aquí* —a saber, la propia voluntad o ego personal y separativo de uno—. Es como si el ojo (percepción) y la cabeza (pensamiento) de uno se hubieran abierto y hubieran sido inundados de luz, mientras que el corazón y las entrañas permanecen al menos parcialmente cerrados y obscuros. Como si uno se hubiera abandonado *a medias* —la parte de arriba completamente, mientras que la parte de abajo puede estar protestando loca de furia—. En alguna medida las regiones «más elevadas» y más conscientes de la personalidad total han entrado en discordia —y se han separado— de los niveles «inferiores» y menos conscientes. (El caso puede ser peor, a este respecto, que el de la persona «no iluminada» que en *todos* los niveles está entregada completamente a su realidad objetiva ficticia, evitando así una grave dicotomía interior). Resultado: ansiedad creciente e inexplicable, tal vez depresión severa, un sentimiento de la propia indignidad y futilidad de uno. Un pensamiento temible le obsesiona a uno: ¿era todo ese «progreso» espiritual, todo ese esfuerzo que ha conducido hasta esta Barrera, una pérdida de tiempo, un fraude incluso?

Podemos reaccionar de varias maneras. Profundamente desanimados, podemos volvernos atrás, con el amargo sentimiento de que esta vía del ver llano no es tan directa después de todo y que es mucho más dura de lo que prometía ser: y así dejamos nuestra difícil ruta desértica e intentamos otra, mejor pavimentada y más popular y con panoramas más turísticos, recalando tal vez, en uno u otro de los muchos circuitos espirituales guiados que están en oferta. Esta reacción es tan común como comprensible.

Una respuesta menos común es detenerse en este punto y poner en uso —o cultivar de hecho— los poderes especiales o *siddhis* que ya han venido con el ver dentro o la no cabeza, aplicándolos a fines limitados (aunque no siempre estrechamente personales) —fines que, por muy razonables o incluso nobles que sean, son gobernados de hecho por el ego separativo—. (¡A decir verdad no hay delirio del ego que iguale al delirio del ego espiritual! Se dice que Satán es el más iluminado de los Ángeles: la única excelencia espiritual que le falta es la humildad, el auto-abandono. No hay duda de que no es más que un mito profundamente significativo; no obstante el ego en todos nosotros es verdaderamente diabólico y capaz de dobleces y tortuosidades sin fin. Por ejemplo, hoy día florecen, como en el pasado, diversos tipos de adeptos espirituales dotados, de obradores de milagros y de magos, líderes de cultos a gran escala, que buscan (a veces con un éxito espectacular por temporal que sea) explotar su contacto con lo Que ellos son, a fin de promover lo que *no* son —a saber, su falsa egoidad, sus limitados fines, sus poderes sobre los demás, en pocas palabras su ego[*]—. En su peor aspecto ésta es la senda al suicidio espiritual. En el mejor, una distracción tentadora que extravía por un tiempo a no pocos viajeros.

La verdadera ruta discurre directamente dentro de —y eventualmente atraviesa— la Barrera, que la tradición occidental llama la Noche Obscura del Alma. De ella, Evelyn Underhill (una experta) escribe: «El sí mismo en su primera purga ha limpiado el espejo de la percepción; de aquí que, en su vida iluminada, ha *visto* la Realidad… Ahora, tiene que llegar a *ser* la

[*] La marca distintiva de este tipo de líder es que, en lugar de insistir en que sus seguidores cuenten con su propio Recurso más interior, y que tomen en consecuencia la responsabilidad de sus vidas, les anima más bien a que cuenten con él y a confiar en él. Él puede explicar que entregarse a él, el gurú externo, es un primer paso hacia la entrega al Gurú interno, su verdadero Sí mismo; pero en la práctica este segundo paso —que requiere un giro de 180 grados— puede resultar cada vez más difícil de dar a medida que transcurren los meses y los años de creciente devoción. Por otra parte, si el gurú quiere *realmente* que sus discípulos se libren de él tan pronto como sea posible, y que se vuelvan hacia su propia Autosuficiencia, tiene maneras de ayudarlos a hacerlo —con el resultado de que su amor y gratitud (por él) solo pueden hacerse más profundos—.

Realidad: una cosa muy diferente. Para esta purga nueva y más drástica se necesita, no los órganos de percepción, sino el santuario mismo del sí mismo: ese "corazón" que es la sede de la personalidad, la fuente de su amor y de su voluntad». En un cierto sentido, esto es el comienzo real de la vía, de la verdadera vida espiritual, que no es nada más que la auto-entrega, el auto-abandono, suscribir efectivamente todo lo que le acontece a uno, morir como el ego separado e ilusorio (yo soy alguien) y renacer como el único y verdadero Ego sin ego (YO SOY). Podría decirse que todo «progreso» espiritual hasta este punto ha sido meramente una preparación para esta etapa, la etapa esencial y con mucho la más difícil de la vía, que lleva eventualmente a la Apertura.

(8) La Apertura

Ésta equivale a una profunda declaración de propósito. *Es la realización a nivel de las entrañas* (*por así decir*) *de que el más profundo deseo de uno es que todo sea como es —ver que todo fluye de la verdadera Naturaleza de uno*, *del Espacio Consciente aquí—*.

¿Cómo se hace efectivamente esta apertura? ¿Qué puede hacer uno para acercarse a ella?

En un sentido, nada. No es un hacer sino un *no* hacer, una cesión, un abandono de la falsa creencia de que hay alguien aquí que abandona. ¿Qué más hay que hacer? Después de todo, el ver dentro inicial —por muy «breve» y «somero» que fuera— era ya total auto-abandono: todo *aquí* partió: o más bien, era claro que *aquí* no hay nada que parta. *Fue el salto cualitativo esencial desde la ficción de la egocentricidad al hecho de la cerocentricidad*. Y ciertamente el fiel ver día a día introducido desde entonces —el ver que uno ya *es* Nada y *es* Todo— es una valiosísima preparación para el descubrimiento de que en el nivel más profundo uno ya *quiere* Nada y *quiere* Todo. Entonces la vida misma —con solo que queramos aprender su lección infaliblemente sabia pero a menudo dolorosa— está siempre mostrando que el logro de nuestros objetivos separados y personales produce solo una satisfacción muy breve, y después de eso, desilusión y tedio, cuando no disgusto: mientras que, siempre que tenemos la gracia de decir ¡Sí! a todas nuestras circunstancias, y de querer activamente (más bien que aceptar pasivamente) todo lo que acontece, entonces brota esa felicidad real y duradera que la tradición oriental llama *ananda*.

¿Es entonces esta apertura un paso más allá de lo Evidente a lo que no es evidente, más allá de lo Ordinario a lo extraordinario, más allá de lo secular y auto-evidente a las materias espirituales esotéricas, místicas, profundamente ocultas? ¿Hemos acabado con la brújula —a saber, la confianza de niño en lo Dado— que nos ha guiado así tan lejos en nuestro largo viaje? Todo lo contrario. En este lado de la barrera está el terreno mismo de lo Ordinario, el reino de lo Evidente, de lo Que es Así. ¡Por otra parte, antes de la apertura, cuán severamente los deseos obscurecían y distorsionaban y ocultaban lo que había que ver, y cómo se permitía que los apegos —amor y odio— invadieran y confundieran nuestra Claridad central y nos cegaran a lo real! ¡Cuán frecuentemente veíamos solo lo que queríamos ver, y cómo la intención arruinaba la atención! (Dos ejemplos de alucinación causada por el deseo: tan desesperadamente necesitaba yo equipararme con aquellos humanos completos que me rodeaban, que durante décadas «vi» una cabeza sobre *este* tronco también; ¡y por la misma razón, los microscopistas del siglo XVII «veían» y dibujaban los espermatozoides humanos como seres humanos minúsculos y alargados!) *En ese lado de la barrera nuestra obstinada intencionalidad erosiona lo Evidente*: *en este lado, lo Evidente erosiona nuestra obstinada intencionalidad*. La barrera no es nada más que el esfuerzo defensivo culminante de nuestra obstinada intencionalidad o ego, su más formidable —aunque desesperada— resistencia contra el ataque sostenido por los hechos ineludibles; y lo que la rebasa es, cada vez más, el mismo realismo, la misma reverencia agradecida por lo Que es Así —por lo Llanamente Dado, lo Manifiestamente Evidente— que nos ha traído todo el camino hasta la barrera. En los términos de la tradición occidental, la apertura es nuestro abandono incondicional y siempre renovado a la voluntad de Dios tan perfectamente revelada en nuestras circunstancias, a la voluntad de Dios claramente visible en todo lo que nos rodea y dentro de nosotros, en la figura de todo lo que está ocurriendo justamente ahora. *En la medida en que Su voluntad deviene nuestra*, *nosotros vemos su mundo como es; y*, *en la medida en que lo vemos como es*, *nuestra voluntad deviene Suya y desde nuestros corazones damos la bienvenida a todo lo que el mundo nos aporta*. Brevemente, aquí nuestro ver y nuestro querer se funden —no de una vez por todas por supuesto, sino momento a momento, mientras dura la vida—.

Para una mayor luz sobre esta fusión de lo que vemos y de lo que queremos, volvamos de nuevo a nuestra anterior cita de uno de los sermones del Buda: «El Nirvana es visible en esta vida, acogedor, atractivo, accesible al discípulo sabio». ¿Qué es exactamente este Nirvana tan visible? En el mismo sermón es descrito como «la Paz, lo Más alto… el fin del ansia, el abandono del deseo». Aquí al fin se repara la grieta; no hay ningún corte que separe la Nada que se

ve tan claramente de la Nada que ahora se *siente* profundamente —como abandono incondicional de la voluntad—. O, parafraseando la frase del Buda, como el fin del deseo.

Si podemos hablar de experiencias cumbre, ésta (como el Buda nos lo certifica) es la más elevada de todas, y es inseparable de la más baja de las experiencias valle. La hondura es altura, leído al revés; la humillación infinita es exaltación infinita; auto-pérdida total es la auto-realización total. Esto es como alcanzar su meta, al fin, deteniendo toda pretensión y siendo *usted mismo*. Esa gran autoridad Cristiana sobre el abandono —Jean Pierre de Caussade— escribe: «Si abandonas toda restricción, y llevas tus deseos hasta sus límites más remotos, y abres tu corazón sin límites, no hay ni un solo momento en que no encuentres todo cuanto posiblemente puedas desear. El momento presente contiene infinitas riquezas más allá de tus más audaces sueños».

A modo de contrapartida —y en completo contraste de estilo aunque haya identidad en substancia— he aquí una historia zen. Un cierto maestro tenía un discípulo dotado, a quien decidió enviar a un gran maestro a fin de que diera el toque final a su instrucción y le señalara la vía a la experiencia zen culminante. Para gran asombro del pupilo, este maestro resultó ser una pobre vieja achacosa, de quien no pudo sacar ninguna enseñanza. Sin embargo, al fin ella le reveló todo. Fue esto: «¡Yo no tengo ninguna queja!»

Esta obra maestra de sobriedad —como la entusiasta efusión de Caussade— se refiere a la bendición, al gozo último que está incesantemente implícito en nuestro ver completamente simple (con una sabia y bendita inocencia) que aquí no tenemos ninguna cabeza, ninguna cosa en absoluto. ¡Qué largo camino viajamos para encontrar el tesoro de los tesoros que llevamos con nosotros todo el tiempo!

Resumen y Conclusión

Esta vía pone la no cabeza —por otro nombre «ver en la Nada»— en el inicio mismo de la vida espiritual. Desde el comienzo es «el verdadero ver, el eterno ver», y no se reemplaza ni se mejora ni se cambia mientras viajamos. Es la Luz penetrante pero benigna que ilumina todas las etapas de la Vía. Es la Gema que satisface todos los deseos, lo Dado —a la vez menospreciado y temido— que al final se encuentra que nos da a nosotros, amorosamente, todo

lo que queremos. O también, es la Roca, la Base que soporta el multihistoriado edificio de la religión, un edificio siempre en construcción y siempre peligrosamente desequilibrado —todo corazón o todo cabeza, ascético o sensual, ultramundano o inmerso hasta las cejas en política, etc.— y hasta que nos instalamos en esa Roca todos estamos algo desequilibrados, somos inestables, oscilamos entre los extremos. O también (pues las metáforas de Esto son inagotables) es el Pan de Vida mismo, aunque insípido; es el nutriente *real*, y además proporciona soporte a todas las delicadezas —las delicias espirituales y místicas— que a veces se untan en él. Felizmente nuestra despensa, aunque a menudo carece de estos suplementos tan apetitosos para nuestra dieta, nunca se aparta del Sostén de la Vida.

Dicho lo cual, debemos apresurarnos a repetir que, por sí misma y cuando no es seguida por una práctica sostenida y una profunda comprensión, acompañada (sobre todo) por el abandono de la voluntad personal separativa, nuestra experiencia inicial de la no cabeza es inútil. Lo que podemos decir de esta fugitiva revelación es que (aunque pueda ser mal usada) por sí sola nunca hizo ningún daño a nadie, que abre una breve ventana sobre la Eternidad, y que (aflojado el gozne ahora) la ventana es propensa en cualquier momento a abrirse de par en par de nuevo al viento de Dios y eventualmente a permanecer completamente abierta. Lo que nosotros somos puede confiarse en que se revelará a Sí mismo en toda su frescura, calidez y esplendor meridianos, en toda su resplandeciente evidencia, exactamente cuando Ello quiera.

Apéndice

Asumamos que usted quiera continuar a lo largo de esta vía. En ese caso, usted puede estar haciéndose preguntas tales como: ¿A dónde voy desde aquí? ¿A quién buscar como guía y aliento adicionales? ¿A cuál grupo de apoyo podría unirme?

Como movimiento espiritual, que está tan vivo y que es tan singular como tantos otros, la Vía Sin Cabeza carece llamativamente de organización. Se parece a las gentes que acoge en que ella es también sin cabeza, en el sentido de que no tiene ninguna autoridad que preside, ningún cabildo o plana mayor que gobierna, y ninguna plantilla que atiende a una organización debidamente fichada y al corriente de pago que se reúne regularmente y que intenta seguir algunas normas.

La razón para esta ausencia de estructura no se encuentra en alguna tibieza o desgana a difundir la experiencia de que trata este libro. Más bien lo contrario. Surge de la naturaleza de la experiencia misma —en tanto que la Auto-confianza última—. O, más detalladamente, de la cuádruple realización de que la vía que hay que vivir realmente es mirar dentro y ver Quién está mirando, que solo usted está en situación de ver este «Quien», que este ver dentro le establece a Usted como la autoridad sobre lo que importa supremamente, y que en consecuencia su senda no se conformará a ningún patrón establecido desde arriba, por éste o algún otro libro o persona o sistema. Por ejemplo, aunque ninguna de las ocho etapas descritas aquí pueda ser sorteada, usted bien puede encontrarse negociando las últimas en un orden diferente, y ciertamente de una manera que será la suya propia.

Vista desde fuera, como una agrupación de caracteres que se dicen sin cabeza dedicados a su tarea, su aparente anarquía es a la vez una enorme desventaja (en tanto que organización es necesario poner los pies sobre la tierra) y una gran ventaja (en tanto que las organizaciones engendran problemas que obscurecen —si no echan a perder completamente— esas mismas cosas para cuyo avance fueron formadas). Vista desde dentro, sin embargo, esta sabiduría mundanal deja de aplicarse: nuestro interés aquí no se dirige a las cosas sino a la Nada de

donde vienen, a lo Indefinible que reduce a disparates todos los planes para ponerlo en un mapa y hacer algo con ello. ¿Por qué formar un grupo o facción —que divide al momento a la humanidad en nosotros, los iluminados de dentro, y ellos, los tenebrosos de fuera— una facción (¡si usted quiere!) cuyo propósito declarado es mostrar que *no hay* ninguna tal división, que intrínsecamente ellos *son* nosotros, y que todos nosotros estamos *ya* perfectamente iluminados? La verdad es que la Vía Sin Cabeza no es una vía después de todo, un medio de llegar a alguna parte. Todo lo que el corazón podría posiblemente desear se da libremente desde el comienzo mismo. Esto la hace llamativamente diferente de todas esas disciplinas y cursos que avanzan por entregas progresivas, y cuyos bienes reales se darán algún día: y mientras tanto tiene que haber esta institución para dictar las reglas y administrar todo el negocio. Así pues, ¿quién se juntaría a una institución y pagaría buen dinero para que se le dé —cuando esté suficientemente entrenado— lo que ve que ya tiene, en medida plena, apretada, colmada y rebosante?

Nuestro propósito principal —que es ver dentro y vivir desde Nada— es entonces necesariamente resistente a la organización. Para todos los demás propósitos somos libres de juntarnos a cualesquiera organizaciones que nos plazca. Esto significa que, al no tener ninguna «iglesia» nuestra propia, ofrecemos un desafío mínimo para las otras, y somos más capaces de aprender de ellas y de contribuir a ellas. Y de hecho algunos de nuestros amigos «sin cabeza» encuentra útil pertenecer a alguna comunidad religiosa o cuasi religiosa establecida. Pero el sin cabeza permanece el Único Uno, y se ve a sí mismo como el Solo, y acepta su Soledad. En este nivel no hay otros.

No obstante —y descendiendo ahora al nivel donde los demás existen— la dificultad de mantener este ver por uno mismo, de continuarlo solo, difícilmente puede exagerarse. Para la mayoría de los que estamos atrapados en esta aventura —la más atrevida y exigente— la compañía de amigos es indispensable. Por consecuencia no sería realista —o peor: sería irresponsable y negligente— si animáramos a las gentes a tomar en serio el mensaje de este libro, y dejáramos de asistirles con todo el apoyo sostenido que la naturaleza de la empresa permite. Y, de hecho, tenemos mucho que ofrecer a los lectores que están dispuestos a continuar:

Hay amigos amables —una red amplia, desparramada y enteramente informal— de veedores que usan de todos los medios disponibles para mantenerse en contacto. Pueden encontrarse detalles en la página web: http://www.headless.org

Pero finalmente todas estas consideraciones y medios de ayuda son completamente marginales. Pues no es como humanos —como otros tantos individuos separados ayudándose unos a otros a ver Quién son realmente— como llegamos a esa visión, sino (en la frase upanishádica) como «el Único Veedor en todos los seres». Verse a Sí mismo es en verdad la prerrogativa y especialidad del Uno, y en último recurso todos nuestros esfuerzos —organizados o caóticos— para ayudar a ese ver son completamente irrisorios.

Para repetir nuestra pregunta inicial, entonces: ¿a dónde vamos ahora? La respuesta es: a ninguna parte. Permanezcamos resueltamente justo aquí, viendo y siendo Esto que es Evidencia misma, y acojamos las consecuencias. Serán todas buenas.

Bibliografía (en inglés)

The Hierarchy of Heaven and Earth, A New Diagram of Man in the Universe. Faber & Faber, 1952. (Preface by C.S. Lewis.)
The Universe Revalued. The Saturday Evening Post, 1961. (Article.)
On Having No Head, An Introduction to Zen in the West. London Buddhist Society, 1961.
Religions of the World. Heinemann, 1966.
The Face Game. Bulletin of the International Transactional Analysis Assoc. April, 1967. (Article.)
The Toolkit for Testing the Incredible Hypothesis. Shollond Publications, 1972.
The Science of the 1st Person. Shollond Publications, 1974.
The Youniverse Explorer model and audio tape. Shollond Publications, 1976.
On Having No Head. (Video.) Shollond Publications, 1980.
The Little Book of Life and Death. Penguin, Arkana, 1988.
Head Off Stress. Penguin, Arkana, 1990.
The Trial of the Man who said he was God. Penguin, Arkana, 1992.
The Spectre in the Lake. Head Exchange Press, 1996.
Look For Yourself. Head Exchange Press, 1996.
The Hierarchy of Heaven and Earth. The Shollond Trust, 1998. Reproduction of original full manuscript.
Face to No-Face. Inner Directions, 2000. Edited by David Lang
To Be and Not To Be. Watkins, 2002.
Open To The Source. Inner Directions, 2005. Edited by Richard Lang

DVDs: (disponibles en librerías, en inglés)

Melbourne Lecture
On Having No Head
Interview with Douglas Harding - His Life & Philosophy. (Interviewer: Richard Lang)
Sweden Workshop - Douglas Harding 1992 Conferencia de Melbourne

En Internet

Web page: http://www.headless.org
Free Course on Seeing: http://www.headless.org/reflections-subscribe.htm
No-Facebook: http://www.facebook.com/group.php?gid=50199992422&ref=mf
Free Newsletter: mailto:HeadlessWay-subscribe@yahoogroups.com
Bulletin board: http://forum.headless.org/
Films : http://www.youtube.com/profile_videos?user=headexchange
Filmes (subtítulos en español): http://www.youtube.com/user/FacelessFilmsSpanish
English forum: mailto:lookforyourself-subscribe@yahoogroups.com
French forum: mailto:VivreSansTete-subscribe@yahoogroups.com
Russian forum: http://groups.google.com/group/naidisebya
Russian website: http://www.headless.org/russian/russian-homepage.htm